

BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

EL CUADRO

vic logan





SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

EL CUADRO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.106

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 30.679 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1971

© VIC LOGAN - 1971
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.082 — Golpe maestro.

En Colección **PUNTO ROJO:**
482 — Pena de muerte.

En Colección **ASES DEL OESTE:**
642 — La sangre de los Fulton.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**
787 — Superstición City.

En Colección **KANSAS:**
672 — Madera podrida.

En Colección **BRAVO OESTE:**
559 — Un hombre de acero.

En Colección **CALIFORNIA:**
781 — Mi padre, el juez.

En Colección **COLORADO:**
720 — De distinta raza.

PROLOGO

El gamberro estaba en la esquina, junto al chorro de luz de un farol de mercurio.

El barrio era solitario, pero nuevo. Se hallaba en plena urbanización y aunque formara parte del gran París, quedaba bastante apartado del centro, y el aire no estaba aún viciado.

El individuo estaba cerca de la única casa habitada en aquella manzana.

Sonrió cuando el taxi se detuvo y vio a su pasajera.

Era una mujer.

Una mujer joven, hermosa y llamativa por demás, a pesar de la seriedad de su rostro.

El gamberro la contempló con desfachatez y atrevimiento cuando ella se apeó luciendo generosamente sus extremidades, debido a la exigua falda bajo el abrigo desabotonado.

No era la primera vez que Lorna Lefébre veía a aquel insolente melencólico, de sonrisa cínica y siempre estaba allí, en la esquina, como si la aguardara a ella.

Pero nunca decía nada.

Claro que no era a Lorna quien esperaba. Por lo menos, cuando la mujer cruzaba por las baldosas entre el césped para dirigirse al portal del edificio, él seguía allí. No le quitaba ojo hasta que Lorna desaparecía tras la puerta, luego continuaba en la esquina.

Lorna, como otras veces, pasó erguida por delante del jovenzuelo, cruzó el césped y se metió en el edificio.

La casa era únicamente para tres vecinos. El primer piso lo ocupaba un pintor profesional que realizaba trabajos de encargo. En el segundo, el joven *manager* de una cadena de *boîtes* sicodélicas, y el tercero lo ocupaba ella. Ella y su marido, el escritor Paul Lefébre.

Los tres apartamentos, dotados con los últimos adelantos de la ciencia al servicio del bienestar, y el edificio, aun siendo de tres

plantas, tenía ascensor.

Cuando Lorna llegó dispuesta a subir, se miró un instante en el espejo, colocado junto a la puerta del elevador colocado justo enfrente del vestíbulo, a una distancia de siete metros que era la longitud del *hall*.

El espejo, al devolverle su imagen, reflejó también la silueta del hombre que la observaba desde la calle pegado al cristal.

Era el gamberro.

No hizo ningún caso. Fue a abrir la puerta para entrar en el ascensor, y entonces observó que estaba en el segundo piso, o al menos así lo indicaba la flecha situada sobre el marco de la puerta.

Pulsó el timbre, y mientras esperaba desdobló el periódico de la tarde que llevaba en la mano.

En primera página, después de los titulares dedicados a la política interior, venía un recuadro en letras destacadas:

«EL MANIACO CONTINUA SUELTO

»En uno de los muelles del Sena, de L'ille de la Cité, ha aparecido el cuerpo de una mujer, horriblemente mutilada y con el rostro desfigurado. Es el tercer crimen que parece ser cometido por la misma mano, puesto que la víctima ofrece las mismas características que sus antecesoras».

Seguía la relación de los tres nombres de las mujeres que habían sido asesinadas, y en todos los casos, la identificación pudo hacerse gracias a los documentos que llevaban encima y algún que otro signo o marca personal.

Lorna llegaba ya a la puerta del apartamento y dejó de leer para sacar la llave de su bolso y abrir.

Apenas traspuso el confortable vestíbulo del piso escuchó el ruido característico de la máquina de escribir y también el olor de tabaco negro.

Echó una vistazo al amplio salón tenuamente iluminado y pasó al recinto que distribuía el resto de las estancias de la casa.

Una puerta para la cocina, que comunicaba a la vez con el salón.

Otra puerta que comunicaba con el armario empotrado, de gran capacidad; el baño, asimismo de grandes dimensiones y, al fondo, la

alcoba.

La tercera y última puerta que quedaba más en la misma ala del vestíbulo comunicaba con el estudio de Paul, su marido.

Estaba abierta.

Paul ni siquiera alzó la cabeza aunque sin duda se daba perfecta cuenta de la presencia de su mujer.

Escribía a su velocidad tope, señal Inequívoca de que tenía un buen momento y lo estaba aprovechando.

Lorna se limitó a echarle un beso; él como muestra de que ya había advertido su presencia levantó una mano fugazmente, mientras seguía tecleando con la otra.

Ella fue hacia el armario, corrió la puerta y dejó el abrigo para seguir hacia el salón, encender una lámpara de pie y terminar el artículo del periódico referente al crimen del maníaco.

Unos diez minutos más tarde, la máquina de escribir enmudeció, y en el umbral del salón apareció Paul desperezándose.

Con barba de un par de días de no afeitarse y el pelo ligeramente revuelto, Paul no aparentaba más edad de la que tenía. Treinta y dos años, pero se le veía cansado, aunque lo suyo no fuese una fatiga física, sino interior, propia de su oficio.

—Hummm... —murmuró—. ¿Qué tal tiempo hace?

—Bastante bueno.

—¿Has tardado un poco, no?

—Se me ha estropeado el coche.

—¡Vaya por Dios!

Se dirigió hacia la mesita para servirse un *whisky*. Abrió el pequeño refrigerador del bar y comprobó que no había hielo.

—¿Me traes unos cubitos, encanto? Aquí no hay. ¡Estoy cansado!

—Lo comprendo... Llevas dos días trabajando en esa condenada novela. No debiste aceptar ese nuevo trabajo. Los demás se conforman con menos.

—Bueno, pero esos pagan mejor. Casi el doble por unos pocos folios de más.

—No tenemos necesidad de tanto dinero.

—¿Tanto? Ya me dirás lo que nos queda... después de pagar la entrada del apartamento... —Se volvió los bolsillos al revés con un gesto bien expresivo. Ella sonrió.

—Pobre Paul. Te arruino. Y solo faltaba lo del coche...

—¡Bah! Esto es lo de menos. ¿Qué le pasa?

—No sé. No arranca. Lo dejé a la puerta de la casa de los Mercier, y cuando salí no arrancaba.

—Debe ser alguna bujía. ¿Avisaste al taller?

—Sí. Dije que no se dieran prisa, que podía esperar. Contestaron que irían a remolcarlo mañana por la mañana.

—¿Qué hacen los Mercier?

—¡Oh! —exclamó ella viéndole jugar con el vaso en la mano—. Me has pedido hielo.

Contestó la pregunta desde la cocina alzando la voz:

—Jean-Paul dijo que tenía ganas de salir un día con nosotros. Dice que parecemos ermitaños, que solo faltaba que nos hubiésemos mudado tan lejos.

—Haberle contestado que, al menos, aquí se vive tranquilo. Reapareció ella con el hielo.

Él tenía el periódico en la mano y comentó:

—¡Vaya! Luego dicen que esos temas están pasados de moda...

—¿Qué temas? —inquirió ella.

—Ese maníaco. Ya se ha cargado a otra.

—Sí, Lo he estado leyendo... ¿Por qué crees que las desfiguraré, Paul?

—Tratándose de un maníaco, vete tú a saber.

Continuó leyendo.

—Por lo visto la policía anda despistada, como siempre... Si no les llega algún chivatazo...

—¿Has escrito alguna vez algún tema de maníacos?

—Antes sí... pero ahora ya no lo quieren. Piden crímenes científicos, mucha morbosidad.

—A mí me gusta más lo que escribes ahora que no antes... Me refiero a... antes de casarnos.

—Será porque tú me inspiras —sonrió él después de trasegar del vaso.

Tras una pausa, Lorna murmuró con cierta intención:

—¿«Ella» no te inspiraba?

Paul se puso en pie como si acabaran de pincharle.

—Por Dios, Lorna. Ya te dije que no me gustaba hablar de eso.

—Comprendo. Debió ser horrible...

—Lorna...

—Un terrible accidente y ella carbonizada... desfigurada.

—Lorna, ¡por Dios! —exclamó Paul, elevando el tono de su voz.

—¡Oh, lo siento, querido! No he podido evitarlo. A menudo pienso que tiene que ser terrible ver a un ser querido, mutilado, desfigurado... A la fuerza tiene que haber dejado una profunda huella en ti.

—¿Has terminado ya, Lorna? —preguntó el escritor de pésimo talante.

—¡Qué torpe soy! Bueno... Iré a preparar la cena. ¿Pongo música?

Se dirigió hacia el tocadiscos y distraídamente su mano chocó con una pequeña grabadora que tenía encendida una lucecita.

—¡Cariño, tienes el magnetófono en marcha!

—¿Qué? Yo no lo he puesto.

—Pues funciona y la cinta corre.

—No me he levantado del estudio en tres horas.

—Qué raro... Bueno, tal vez lo puse yo. ¡Claro! Está puesto el control remoto. Al dejar el periódico debió moverse el interruptor.

—Sí, será eso —murmuró él.

Tomó asiento y en su rostro se dibujaba un empeoramiento de su humor. Ella se dio cuenta.

—¡Oh, Paul! Mis palabras te han hecho fruncir el ceño.

—Déjame, por favor, y prepárame un bocadillo, no tengo mucho apetito.

—Dime que me perdonas.

—Claro que te perdono, pero no vuelvas a mencionar a Ivone para nada. ¿De acuerdo? No vuelvas a nombrar a mi primera mujer.

CAPITULO PRIMERO

Paul asomó por la puerta del baño y alzando la voz preguntó:

—¿Dónde diablos has puesto mi pijama?

—Lo he llevado a la lavandería. Coje otro del armario.

Paul salió desnudo y abrió el ropero para sacar el pijama.

—¿Lo tienes? —inquirió ella, saliendo de la cocina.

—Sí.

—¿Te vas a dormir?

—Sí, querida. Me falta muy poco y tengo que madurarlo bien. He estado trabajando demasiado seguido. Mañana me levantaré temprano y en un par de horas, si hay suerte, lo tendré listo. ¿Vienes tú?

—Sí, enseguida... ¡Ah! ¿Has cerrado la puerta?

—No. Ahora lo hago.

—Pon el pasador.

—Mujer, ¡qué miedo tienes!

—Ahora hay muchos ladrones y este barrio está todavía muy poco habitado.

—¿Temes que venga el maníaco?

—No bromees.

—A lo mejor soy yo —sonrió él.

—¡Tonto! ¿Cómo crees que será ese hombre? Porque tarde o temprano los detienen y luego ponen una cara de inofensivos...

—Pues mira, en principio tiene que ser alguien con mucho tiempo por delante e imaginación. Un trabajo como el mío se presta, no por lo del tiempo, pero al no estar sujeto a un horario y tener que emplear constantemente la imaginación precisamente para cometer asesinatos, pues eso... se presta. En principio hay que escoger la víctima, estudiarla, seguirla, conocer sus costumbres y de repente... ¡¡Zas!

Se había aproximado a su mujer que estaba sacando la botella

de leche de la nevera y la cosquilleó en la cintura en el momento de decir «¡Zas!».

Ella lanzó un grito.

—¡Oh! Por poco me haces tirar la leche.

—Dame un beso.

—Sí. Y cierra la puerta.

—Con el pasador.

—Eso es.

—No tardes. No me gusta dormir solo. Tenemos una cama demasiado grande.

Fue hacia la puerta, dio la vuelta a la llave y puso el pasador de seguridad.

Instantes después pasaba al estudio llevándose los últimos folios escritos y con ellos fue al dormitorio.

Se metió en la cama con la almohada alta y repasó lo escrito.

Ella asomó poco después.

—Me desnudo y vengo inmediatamente —susurró.

El murmuró algo ininteligible y continuó leyendo.

Buscó un bolígrafo para poner algunos acentos qué con la rapidez se le habían olvidado y al cabo de unos diez minutos dejó las cuartillas sobre la mesita.

En la cabecera de la cama, en forma de librería, tenía varios libros y eligió uno al azar.

Lo hojeó por varias páginas y consultó su reloj. Habían transcurrido otros diez minutos.

Encendió un cigarrillo y alzó la voz:

—¡Lorna!

Ella no respondió.

—Hummm... ¿Te estás duchando, eh?

Tampoco respondió.

—¿Crees de veras que se duerme mejor con una ducha templada?

Tras otro silencio añadió:

—Si algunas veces te pasaras un día entero sin dormir como yo, verías como no te hace falta ninguna ducha.

Volvió a hojear el libro y encontró un capítulo interesante enfrascándose en la lectura.

Sin darse cuenta transcurrieron veinte minutos.

—¡Pero, Lorna! ¿Qué diablos estás haciendo?

Silencio.

—¿Es que no me oyes? ¡Contesta al menos!

Silencio.

Calculó que desde que ella se tomara la leche hasta entonces habían transcurrido cincuenta minutos.

—¿Pero qué haces tanto tiempo en el baño?

Impaciente se levantó calzándose las zapatillas y dirigiéndose hacia la puerta. Abrió y cruzó el pasillo hasta llegar al baño. La puerta estaba cerrada, pero no por dentro.

Abrió y empezó:

—Lorna, pero... ¡Oh! ¿Dónde diablos te has metido?

Todas las luces de la casa estaban apagadas. La del recinto que distribuía las habitaciones, la del estudio, la de la cocina, la del *hall* y por último la del *living*.

—¡Lorna! ¿Es que te has propuesto que no duerma esta noche?

Había un extraño silencio en la casa.

La luz del baño reflejaba el cuadro de interruptores del recinto distribuidor. Encendió la luz e inmediatamente entró en el estudio.

Dio el interruptor general que iluminaba toda la estancia. Era rectangular y una ojeada bastaba para darse cuenta de que allí tampoco estaba su mujer.

Pasó a la cocina. Un mueble gruñó.

Encendió la luz. Nada.

Observó, sin embargo, que la puerta de la terraza interior parecía entornada.

Asomó y encendió la luz.

La pequeña terraza estaba vacía.

Algo amoscado pasó al *living* y comenzó a dar todas las luces.

—¡Lorna!

Evidentemente tampoco allí estaba su esposa.

Más nervioso todavía volvió al *hall* y encendió la luz. Instintivamente sus ojos se volvieron hacia la puerta.

Estaba cerrada con el pasador, tal como él mismo la había dejado, por tanto no cabía la posibilidad de que su esposa hubiese salido, cosa que por otra parte, tampoco tenía por qué hacerlo.

—Pero... ¿Qué es esto? —murmuró para sí.

Trató de razonar con calma.

—Esto solo ocurre en mis novelas —pensó en voz alta para gritar inmediatamente—: ¡Lorna! ¡Deja ya de jugar al escondite!

¿Pero qué escondite podía estar jugando si allí no había más habitaciones?

—¡Lorna!

El silencio seguía pareciéndole extraño. Casi irreal.

Volvió a la habitación.

—Yo... Yo estaba leyendo... Me pasó el tiempo sin darme cuenta y ella pudo... ¿Pudo qué?

Salíó y al pasar por el baño cuya puerta seguía abierta se fijó en algo que la primera vez le había pasado inadvertido.

¡Sus ropas!

Sí. Sus ropas estaban en el suelo. Todo estaba allí y faltaba su camión.

Recordaba haberlo visto cuando entró él en el baño para desnudarse.

—¡Lorna! ¿Dónde diablos estás? —gritó sin poderse controlar.

Luego pensó que era una estupidez perder los estribos... Ella tenía que estar en la casa. La puerta estaba cerrada por dentro y por tanto...

De súbito dejó de pensar en cualquier otra probabilidad. Se había acordado de la terraza interior.

—¡Cielos! —gritó.

Como un cohete alcanzó la cocina en cuatro zancadas y volvió a la terraza. Asomó y por entre los tendederos trató de otear el patio de abajo. Estaba oscuro, sin embargo...

Entornó los ojos y creyó ver con horror que una mancha blanca estaba allá abajo resaltando sobre el pavimento negro por la oscuridad.

Era una mancha blanca arrugada, como de ropa.

Podía ser...

¡Podía ser una mujer vestida con un camión!

Sin dudarlo un solo instante se precipitó hacia la puerta. Descorrió el pasador, abrió con la llave que tomó en sus manos y sin esperar el ascensor siquiera saltó los escalones tan rápido cómo pudo.

Al llegar al vestíbulo de la planta baja entró por la puerta de servicio que tras un corredor de un metro escaso comunicaba con la

salida adicional por un lado y con el patio interior por el otro.

Tanteó la pared en busca del conmutador de la luz que alumbraba el patio.

Lo abrió conteniendo la respiración. Casi con los ojos cerrados.

Al sonar el chasquido sordo indicativo de que la luz estaba abierta observó el patio.

Sí. Allí estaba «aquello».

Era ropa tal como había supuesto.

Corrió.

De todos modos ya había advertido que no era lo que él imaginaba. Es decir, lo que había temido in extremis.

No. No era su esposa.

Se trataba de una sábana caída sin duda de cualquiera de los tres tendederos correspondientes a los otros tantos apartamentos.

Lanzó un suspiro de alivio al recoger la sábana.

Sin embargo, las cosas seguían igual.

¿Dónde estaba su mujer?

CAPÍTULO II

Había vuelto al vestíbulo medio atontado con la sábana en la mano y sin saber qué pensar.

Ni siquiera se dio cuenta de la presencia del vecino del segundo hasta que escuchó su voz alegre, jovial y un tanto irónica:

—Buenas noches, vecino.

—¿Eh?

—¿Le ha caído una sábana? —siguió bromeando el otro.

—No, no... Es decir... no sé.

—¡Ah, bueno! Si sube, le espero.

—¿Subir?

El recién llegado, joven, con un peinado a la moda y un traje a lo *dernier cri* dejó de sonreír como si advirtiera que no era el momento más oportuno para bromear.

—¡Oiga! ¿Le ocurre algo?

—Mi... mi esposa.

—¿Su esposa? ¿No está bien?

—¿Eh? No, no...

Tomando una decisión fue hacia la escalera y comenzó a subir.

—¡Oiga! Si puedo hacer algo por ustedes... Somos vecinos y...

Pero Paul ya no le escuchaba, había comenzado a subir los escalones. ¿Cómo podía decirle a un vecino que su esposa había desaparecido estando la puerta cerrada por dentro?

Llegó al primer piso y pasó por delante de la puerta del apartamento ocupado por el pintor.

Le pareció oír el eco de una carcajada procedente del interior de aquella casa.

Una carcajada de mujer.

—¡Lorna! —casi gritó.

Se le antojó la misma risa.

Se abalanzó hacia la puerta y llamó frenéticamente con las

manos primero y con el timbre después.

La carcajada cesó.

Luego pudo escuchar una voz ininteligible. Le pareció que era la del estrafalario pintor.

Estrafalario por su aspecto y sus cuadros.

Abrió la puerta. Iba vestido con una especie de casaca de seda, estilo ruso.

—¡Ah! ¿Es usted? ¿Necesita algo?

—Oiga, yo... Mi mujer...

—¿Su esposa? ¿No está bien?

—Escuche, Duman, he oído a una mujer riendo... aquí dentro.

—Bueno... ¿Y qué le importa a usted esto?

—¡Déjeme entrar, Duman!

El pintor cubría con su cuerpo la puerta.

—¿Qué le pasa a usted? ¿No se encuentra bien?

—¡Duman, esto es muy grave! —Su intención era apartarle de un manotazo, cuando en el *living* (los apartamentos tenían todos idéntica distribución) apareció la mujer.

Era una chica joven, una modelo o una amiga tal vez.

—¿Es algún amigo? —preguntó.

—¿Era usted la que se reía? —espetó el escritor.

Ella quedó estupefacta.

—¡Jules! No sabía que nos estuvieran espionando.

—No sé lo que le pasa a mí vecino, pero no me gusta en absoluto toda esta comedia... Ande, si ha bebido dese un garbeo y déjeme en paz.

Le cerró la puerta.

Paul trató de reaccionar.

—Me estoy comportando como un idiota —murmuró.

Pensó en lo fácil que es en un minuto ofuscarse la mente hasta anularla por completo para pensar con lógica.

Intentó recomponer los hechos. Seguir paso a paso lo que había hecho...

Llegó al segundo piso y allí estaba el joven *manager* de las *boîtes* sicodélicas.

Parecía estar esperándole.

—Oiga, Lefébre... Sin querer he oído como hablaba con el pintamonas... ¿Qué es lo que le pasa? En serio, Lefébre, si puedo

ayudarle.

Paul le miró vagamente entornando los ojos. Luego de un silencio murmuró:

—Es absurdo. Realmente absurdo e increíble, y, sin embargo, ni he bebido, ni estoy loco...

—¿Qué le pasa?

—No sé dónde está mi mujer. La dejé en la cocina. La aguardé leyendo y...

—Bueno... habrá salido, ¿no?

—No puede haber salido. Estaba cerrado por dentro. Con el pasador.

—Se nota que es usted escritor de novelas de misterio.

—¿Lo toma a broma, verdad?

—En serio, Lefébre... Si lo que dice es verdad... ¡Oiga! No será que su esposa haya querido gastarles una broma. Se habrá escondido.

—Mi esposa no es capaz de gastar bromas de esta clase... Es muy... muy seria... Además, ¿escondese? ¿Dónde?

—Debajo de la cama —sonrió el *manager*—. Ande, vuelva y verá cómo la encuentra.

Paul Lefébre pensó que si su esposa había querido de veras gastarles una broma de aquel tipo, había tenido muy mal gusto, sobre todo después del ridículo que le había obligado a hacer. No obstante, y mientras subía hacia la tercera planta sin despedirse siquiera del joven, tenía el presentimiento de que Lorna no estaría allí.

Era como si algo funesto le amenazara, algo que presentía sin poder definir.

Abrió de nuevo la puerta y con la última y tímida esperanza volvió a mirar cada una de las habitaciones.

Lorna, en efecto, no estaba.

Dejó caer aquella sábana que ni siquiera sabía si era suya y entró en el estudio para tomar el teléfono.

—Oiga... Póngame con la policía, por favor... —pidió.

* * *

El joven inspector Deladier acababa de efectuar un somero repaso a toda la casa, haciéndose cargo de cada una de las

dependencias.

Miró de modo especial la terraza interior y también la que daba a la calle justo sobre el césped del pequeño jardín que daba acceso al edificio.

—Ayúdeme un poco, señor Lefébre —murmuró por fin.

El escritor estaba sentado con un *whisky* entre las manos.

—Sé que todo esto es absurdo. Ni siquiera sé por qué le he llamado a usted. Pero tenía que hacerlo. Mi mujer no está y sé positivamente que no pudo salir por la puerta. Sin embargo...

Dejó al aire la continuación y enseguida el inspector Deladier atajó:

—¿Hay alguna otra salida?

—No, inspector.

—¿Servicio?

—Sólo puerta en la calle, y una escalera interior. Da al otro lado de cada rellano, pero para entrar en la casa solo una, por la que ha entrado usted.

—Por la ventana no pudo saltar. A menos, claro está, que calculase bien el salto para caer en la terraza del piso de abajo... Pero se necesita bastante habilidad, y no tener vértigo. ¿Tiene vértigo su esposa?

—Pero, inspector... ¿Por qué tenía que haber saltado por la ventana? ¡Oh, no!

—¿Tiene vértigo? —insistió machaconamente el policía.

—¡Pues sí, tiene vértigo!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque cuando la hice subir a la torre Eiffel, creí que por poco se caía abajo.

—¿La hizo usted subir?

—Sí.

—¿No es parisiense su esposa?

—¡Ah! Oh, no. Es norteamericana.

—¿Llevan mucho tiempo casados?

—Un año.

—Bien, señor Lefébre... Creo que será mejor que se tranquilice usted... Por algún motivo su esposa se ha ido.

—¡Pero si no puede ser! —exclamó el escritor.

—Entonces... Dígame dónde está.

—Ya he aceptado antes que esta situación es ridícula... Otro inspector menos comedido se hubiera reído en mis narices o me hubiese acusado de querer tomarle el pelo... Quiero decirle que soy consciente de lo ocurrido. Que denunció una cosa imposible. Algo que nadie puede creer.

—Bueno... a veces los misterios tienen una explicación muy sencilla y muy lógica cuando dejan de serlo... Usted escribe novelas de misterio, ¿verdad? Creo haber visto su nombre en alguna portada.

—Sí, soy escritor.

—Bien... Si alguna vez ha creado misterios usted sabe lo fáciles que son desenmarañarlos. Fácil para usted que sabe la verdad, y en este caso nosotros también lo veremos sumamente sencillo en cuanto descubramos cómo se produjo esa desaparición... Y creo que hablar con el vecino de abajo es lo más conveniente. Usted quédese aquí. Le traeré noticias.

—Pero si Lecautet llegaba cuando yo bajé al patio.

—¿Se llama Lecautet, su vecino? —inquirió el inspector sin hacer caso del comentario de Paul.

—Oh, sí... Albert Lecautet.

—¿A qué se dedica?

—Está encargado de algunos *night-clubs*... Bueno, *boîtes* de esas modernas.

—¿Se lo dijo él?

—Bueno, a mí directamente no... Creo que se lo dijo a Lorna un día que él la llevó hasta casa.

—¡Ah! Entonces... Entre ustedes existía buena armonía —sonrió el inspector.

—¡Oh, sí! En realidad solo hace cuatro meses que tomamos ese apartamento. Lecautet y el pintor ocuparon los suyos casi al mismo tiempo que nosotros.

—Bueno... Veremos si consigo que sepamos algo más... No beba más *whisky*. Le enturbiará las ideas. ¡Ah! —se volvió para preguntar —: Dijo que una vez el vecino trajo a su mujer a casa. ¿No?

—Sí.

—¿Por qué la llevó?

—Pues creo que a Lorna se le estropeó el coche. El pasaba, la reconoció y se ofreció para traerla.

—Sí. Es lo que suponía. Gracias, señor Lefébre. Y tranquilo, por favor, tranquilo...

Era un policía, muy sereno. Campechano y observador, pero él —Paul— no podía estar tranquilo. ¿Cómo iba a estarlo?

CAPÍTULO III

—Sí. El señor Lefébre me ha contado lo de su esposa y, la verdad, yo creí que se trataba de una broma de su esposa —sonrió el *manager*.

—Señor Lecaute... ¿Tiene motivos para pensar que la esposa de su vecino guste de gastar bromas?

—¿Motivos? Claro que no... Era solo... un decir... una suposición.

—Dígame una cosa, señor Lecaute... ¿Se lleva bien el matrimonio de arriba?

—¡Yo qué sé! Supongo que sí. Mire, inspector, me paso casi todo el día fuera de casa... Bueno, excepto por las mañanas que duermo hasta bastante tarde, pero en cuanto me levanto y me ducho me voy al restaurante y luego a arreglar asuntos que siempre hay pendientes... Hoy me encuentra en casa porque he llegado más temprano que de costumbre, pero muerto de sueño como siempre... A propósito. Lefébre me ha visto llegar.

—Una pregunta —cortó el policía.

—Haga las que quiera.

El inspector miró hacia la terraza. Las dos puertas estaban cerradas por dentro.

—¿Tiene usted la terraza siempre cerrada?

—Estamos en invierno, inspector. No es como para dejar que el piso se enfríe.

—Bueno, para la ventilación.

—En todo caso de eso se ocupa la asistententa que arregla los pisos. Viene tres veces por semana.

—O sea que usted nunca abre la terraza.

—¡Bueno! No sé si lo he hecho alguna vez.

—Hoy concretamente... ¿La tenía abierta o cerrada?

—¡Inspector! ¡Qué manía! ¿Qué tiene que ver...? ¡Eh! ¡Un

momento! —Lecautet pareció darse cuenta y protestó—: ¿No irá a pensar que la señora Lefébre...? ¡Oh! De veras que no me la imagino haciendo de equilibrista... Además es bastante peligroso. Asómese y lo verá.

—Ya me he asomado arriba y yo mismo he estado a punto de descartar la posibilidad de un salto, no obstante, a falta de otra explicación más lógica, puedo admitir esta.

—Por mí, deséchela... Es decir, si la señora Lefébre ha saltado a esta terraza, habría tenido que continuar hacia abajo porque yo, repito que no estaba y ahora creo recordar que, en efecto, hoy, como siempre, las puertas de la terraza estaban cerradas.

—Pues mire usted, con esas cerradas, poco me deja usted para seguir investigando...

—La verdad, inspector, que es un asunto muy extraño... ¿Cómo se explica que una mujer pueda desaparecer de una casa cerrada por dentro?

—Sí, es un caso extraño, pero forzosamente tiene que tener una explicación. Bueno, señor Lecautet, no le molesto más. Dígame solo dónde puedo encontrarle si le necesito.

—En cualquier *boîte* de la cadena de Serge Leman. Si no estoy en una, estoy en la otra.

—Gracias y buenas noches.

El policía subió de nuevo al apartamento de Lefébre donde poco pudo decir sino despedirse.

—Yo ya no puedo hacer nada más aquí, señor Lefébre... Tal vez mañana las cosas se pondrán en claro por sí mismas. Estudiaré su caso. Entretanto si se le ocurre alguna cosa llámeme, estaré en el puesto toda la noche, si no se presenta ningún otro caso. De todas formas llame y deje el recado a mi ayudante.

El escritor no contestó.

Pensativo, más aún que cuando intentaba buscar algún argumento original para sus novelas de misterio, continuaba cabizbajo con el vaso entre las manos.

Poco después, ya desde el coche oficial, el joven inspector Deladier hablaba por la radio de su automóvil:

—Quiero que alguien vigile esta casa. Simple rutina. Anoten a las personas que entren y salgan. Corto.

Y en el apartamento de Lefébre estaba sonando el teléfono.

Las manecillas de su reloj, señalaban las once, pero él ni siquiera lo consultó.

Se precipitó hacia el auricular como si esperara recibir noticias.

Descolgó al otro lado del hilo una dulce voz femenina y murmuró:

—¡Hola, cariño!

—¡Lorna! —exclamó él.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Es que no me conoces? Yo sí te he reconocido enseguida...

—¿Quién es usted?

—¡Ah! —repuso la voz femenina—. Adivínalo, señor escritor. Adivínalo.

CAPÍTULO IV

Había transcurrido casi una hora desde la llamada cuando sonó el timbre de la puerta de Lefébre. Alguien llamaba desde la calle.

El escritor abrió utilizando el mando eléctrico y aguardó.

La flecha del ascensor indicó que estaba subiendo.

¿Quién podía Ser?

El ascensor se detuvo. Paul mantenía abierta la puerta esperando ver aparecer a su visitante.

Era una mujer.

—¡Carol! —exclamó al reconocer a la muchacha rubia, hermosa y llena de vitalidad que estaba en el rellano con la sonrisa en los labios y un paquete en las manos.

—¡Hola, escritor!

—¿Eres tú la que me ha llamado hace...?

—Una hora más o menos. Orly está lejos y tú vives más lejos aún.

—¿Orly? ¿Es que estabas en...?

—Acabo de llegar. Mi enlace para Roma no sale hasta dentro de dos horas... Podía haber hecho el viaje directo, pero he preferido esta escala para saludarte... Así que dispongo de una hora... porque necesitaré otra para el regreso. He dejado el taxi esperando abajo.

—Bueno, pasa... No te quedes ahí en el rellano.

La invitó a entrar y cerró la puerta.

Carol miró en torno suyo.

—¡Vaya choza, Paul! Bueno... Ya sé que a medianoche no es el momento más adecuado para hacer visitas, sobre todo una chica soltera a un hombre soltero.

—¿Qué dices?

—Bueno... Espero que no tengas ninguna mujer escondida por ahí...

—¡Oh, Carol! Es verdad... Tú no lo sabes. Me casé...

El rostro de la recién llegada cambió momentáneamente pero enseguida recobró su expresión jovial.

—No... No lo, sabía...

—Bueno, el caso es que has llegado en un momento...

—Lo siento. Me iré. Si crees que a ella no le voy a gustar... ¿Está en casa?

—No, Carol. No sé dónde está. Esto es lo malo.

—¡Paul! ¿Se trata de algún disgusto?

—Ojalá fuera así de sencillo. No, no... Lorna y yo nunca nos hemos enfadado.

—¡Ah! Se llama Lorna... Ahora comprendo por qué al telefonearte, tú la llamaste... ¡Lorna...!

—Es compatriota tuya... La conocí cuando estuve en Estados Unidos.

—Una chica afortunada —musitó ella un poco tristemente.

—Bueno, verás... Ella vino a Francia. Casualmente nos encontramos en un restaurante y... bueno... seguimos viéndonos hasta que... ambos convinimos en casarnos.

Se hizo un silencio. Carol exclamó en un susurro:

—Tres años desde entonces. ¡Cómo vuela el tiempo!

—Una pausa para seguir—: A ella... ¿La conociste antes... o después?

—La conocí en Nueva York... antes de ir a California y conocerte a ti. La verdad es que no había vuelto a pensar en ella, pero al encontrarnos aquí...

—¿Y qué pasa ahora? ¿Te ha dejado? ¿Qué misterio es este?

—¡Si yo lo supiera!

Se sirvió un *whisky* y ofreció uno a ella.

—No. Sabes que no bebo. Bueno. No puedes acordarte. Sigue. Cuenta. ¿Qué pasa?

Después de tomar un trago él relató brevemente lo ocurrido, mientras en la calle y desde un coche negro aparcado en la esquina, un hombre arrebujado en un abrigo observaba el taxi que esperaba frente a la entrada del edificio de tres plantas.

En la casa, Paul concluyó su relato y ella pareció anonadada.

—¡Qué cosa tan extraña! Si no me lo contaras tú creería que es una invención.

—Ojalá lo fuera.

—¿La quieres mucho, verdad?

—Bueno... En realidad creo que me casé más por huir de la soledad, pero Lorna en todo este tiempo que hemos vivido juntos... ha demostrado quererme mucho, ha sido paciente... Se necesita ser tolerante para ser la esposa de un escritor de novelas de encargo. Me paso días encerrado aquí y no salimos casi nunca.

—Pero no me has contestado a mí pregunta. Tú la quieres.

—Sí. La quiero. ¿Por qué negarlo? Y no me cabe en la cabeza lo que ha sucedido... Es como si lo estuviera soñando... Como si todo esto fuese una pesadilla.

—Sí. Te comprendo... ¿Has avisado a la policía?

—Sí, desde luego.

—¿Han visto alguna posibilidad?

—Creo que el inspector me ha escuchado por pura rutina... ¿Quién va a creer una historia así?

—Pero ha sucedido... —musitó ella.

Luego se hizo otro largo silencio que rompió ella con su voz cantarina:

—Paul... Te traía un pequeño regalo... Un recuerdo. Son unos libros... Te los dejo aquí... sobre la mesa. Ya los leerás cuando tengas tiempo.

—Gracias, Carol, pero no debías de haberte molestado.

—Si no es ninguna molestia... Bueno... Se va haciendo tarde y no creo que deba importunarte más.

—Me gustaría acompañarte, Carol... Pero debo quedarme. No sé... quizá ocurra algo.

—Claro que no debes moverte, Paul... Te escribiré desde Roma. Voy a estar una temporada por cuenta del Magazine para escribir contando chismes a mis compatriotas femeninas, sobre cosas de Italia, modas, y todas esas cuestiones... Te escribiré para darte mis señas. Espero que tú me digas algo sobre todo esto.

—¡Oh, sí... sí, lo haré, y ojalá puedan ser buenas noticias!

—Buenas noches, Paul.

Se había levantado. Miraba la casa.

—Esto es muy bonito. Creo que una mujer tiene que sentirse a gusto aquí aunque esté casada con un escritor.

—A propósito —atajó Paul, como si de pronto hubiese recordado algo—. ¿Cómo supiste mi nueva dirección?

—¡Oh! Bueno... No iba a presentarme a esas horas sin avisar... Así que eché mano a mí agenda y llamé a tu teléfono antiguo, al que me dejaste con tus señas. Allí me contestaron de mala manera y pensé que me había equivocado. Insistí y no quieras saber cómo se puso el individuo que lo tomó. Así que busqué en la guía y hay tal cantidad de Lefébres en París que ya casi perdía la esperanza. Entonces se me ocurrió llamar a información. Le dije que se trataba de Lefébre el escritor y se ve que la operadora debe ser admiradora tuya, porque enseguida me pasó a la central de ese distrito.

—Es que desde que cambié de casa, los que no conocen mi número tienen que pedirlo, por eso deben conocerme.

—No seas modesto —sonrió ella. Luego más seriamente añadió —: Me gustaría poder hacer algo por ti.

—Me temo que esto no es posible, Carol.

La entrevista había concluido. La muchacha salió de la casa. Al llegar a la calle se dirigió hacia el taxi que aguardaba, mientras el hombre arrebuñado en el abrigo que aguardaba en el coche negro, descolgó un teléfono y en cuanto obtuvo respuesta dijo:

—La chica acaba de salir. Desde luego ha ido a la tercera planta. Lo he comprobado. Sí... al apartamento de Lefébre... ¡De acuerdo! Continuaré aquí.

Carol, por su parte, no se dirigió a Orly como había dicho. Las señas que dio al chófer fueron:

—Al hotel L'Etoile.

CAPÍTULO V

Eran las siete de la mañana cuando los ocupantes de la lancha descubrieron el cuerpo.

Ninguno de los dos hombres pronunció ninguna palabra, pero todos miraron hacia el mismo sitio.

Allá, sobre el muelle, con una pierna colgando y el pie metido en el agua, yacía la mujer.

Llevaba camisón, nada más.

Los dos hombres detuvieron la barca y saltaron a tierra.

Al ver de cerca aquel cuerpo no pudieron ocultar un gesto de horror.

Aquella mujer estaba horriblemente mutilada. La pierna que no estaba en el agua aparecía medio cercenada, como si hubieran intentado cortarla.

El pecho era una mancha de sangre reseca. El asesino había practicado una verdadera carnicería.

La cabeza era solo una masa.

Además de haberla golpeado y deformado se habían entretenido en hacerle un sinnúmero de cortes.

—¡El maníaco! —tartamudeó uno de los que acababan de hacer tan tétrico descubrimiento.

Sí. Todas las características coincidían con las anteriores víctimas del maníaco de París.

La policía estuvo allí minutos después de que uno de los hombres informara del hallazgo.

Con la policía y los técnicos del gabinete y los fotógrafos, acudieron también enviados de la Prensa, reporteros.

Las preguntas surgían disparadas hacia el comisario Leduc.

—Si tiene alguna pista, nuestros lectores se sentirán menos inquietos.

—No hay declaraciones por ahora —repetía constantemente uno

de los ayudantes del comisario.

Leduc se había limitado a echar un vistazo y comprobar por sí mismo el lugar, la escena y los detalles bastante similares a otros casos.

Ahora el cuerpo cubierto con una sábana era transportado hasta la ambulancia, mientras los periodistas inútilmente intentaban lograr alguna declaración.

Algún reportero lanzó su flash hacia el comisario que por fin, al llegar al coche, dijo de modo general.

—Uno de estos días les reuniré a ustedes. De momento, insisto, es prematuro decir nada. Por supuesto estamos sobre la pista del criminal.

Los coches policiales se fueron.

Enseguida la gran máquina de la justicia se pondría en marcha. Se buscarían nuevos sospechosos, pero ante todo se hacía necesario establecer la identidad de aquella mujer. Lo cual iba a resultar bastante difícil.

En primer lugar habría que buscar entre los desaparecidos últimamente.

Así y mientras a través de radios, teletipos y teléfonos la noticia era transmitida a todos los departamentos, el inspector Deladier, captada la información, tomó el automóvil y se dirigió hacia el domicilio del escritor.

El coche negro con el hombre arrebujaado en el abrigo seguía en el mismo sitio.

Al ver llegar a Deladier salió del coche para ir a su encuentro.

Deladier preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, jefe.

—¿No ha tenido más visitas?

—No.

—¿Algo que le haya llamado la atención?

—Calma absoluta.

—Bien, váyase a dormir.

—Con mucho gusto... ¡Ah! ¿Se sabe algo?

—Un nuevo trabajito del maníaco... Una mujer, claro. Tal vez pudiera ser la de Lefébre.

—¿De veras?

—Bueno... Según el escritor ella se había quitado la ropa y el camisón no estaba... O sea que se supone que iba con tal prenda en el momento de la desaparición.

Y sin esperar comentario por parte del subordinado caminó hacia la entrada del edificio.

* * *

Cinco minutos más tarde, el policía salía en compañía del escritor.

Paul todavía no se había rasurado. Para acompañar a Deladier se limitó a ponerse unos pantalones y un grueso jersey de lana.

Los dos hombres ocuparon el coche oficial yendo directamente al depósito donde se hallaba el cuerpo de la víctima hallada en el Sena.

El viaje se realizó en silencio, pero la tensión por parte de Paul era casi insostenible.

Se contuvo no obstante. Luego, al llegar, siguió al inspector y ambos a buen paso caminaron hasta la sala donde habría de tener efecto la identificación.

El cuerpo fue sacado de una cámara frigorífica para su mejor conservación. Seguía cubierto con el lienzo.

El médico dijo algo al oído de Deladier y este inmediatamente habló con Paul:

—No va a ser agradable.

—Quiero verla —repuso Paul.

El médico comenzó a destapar.

Habían intentado lavarla, pero no por ello su rostro resultaba fácil de reconocer.

No quedaba en aquella faz ningún rasgo peculiar, seguía siendo una masa de muñones de carne, de huesos machacados.

—¡Pero qué es esto! ¡Dios santo, qué es esto! —exclamó Paul, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Llevaba esto —dijo el ayudante del médico.

Mostró el ensangrentado camisón.

—¿Lo reconoce? —inquirió el inspector.

El escritor estaba como alelado.

—Es... Es el de mí esposa.

—¿Está seguro?

—No creo que haya muchos como este aquí... Lo compró en Estados Unidos... Hay una etiqueta.

El ayudante asintió y enseguida mostró otros objetos.

—Esto también.

Un anillo de compromiso, un brazalete y un reloj de pulsera. Todo de oro.

—¡Dios santo! ¡Es de ella! —admitió el escritor.

El policía preguntó:

—Ya sabemos que por el rostro es difícil poder estar seguros. No obstante, vuélvala a mirar.

—No... Es imposible... ¡Han hecho una carnicería!

—¿Tenía alguna cicatriz su esposa? Algún signo por lo que pueda identificarla además de por los objetos personales.

—Pues sí... Tenía un lunar detrás del hombro, y una cicatriz en la pantorrilla.

—¿A qué lado? —inquirió el médico.

—En el derecho.

—Compruebe.

El médico levantó, ayudado por su subordinado, el cuerpo de la muerta.

El lunar aparecía en el lugar indicado por el escritor.

También la cicatriz estaba en el sitio que había dicho.

—Es... ella —musitó quedamente Paul.

—¡Vámonos! —exclamó el policía, cogiéndolo amistosamente por los hombros.

—Sí, vamos, pero... antes quisiera... ¿Qué van a hacer con ella?

—Se le entregará su cadáver para que lo entierren en el lugar que usted disponga. De momento se quedará aquí. Tienen que hacer algunos análisis, las vísceras, en fin, ya sabe.

—¿Las vísceras?

—Cuando se encuentra un cadáver en estas circunstancias hay que establecer lo más exactamente posible cuál ha sido la verdadera causa de la muerte y créame que en nuestros días esto puede comprobarse con toda exactitud.

—Pero las vísceras se examinan cuando se teme que... pueda existir veneno.

—Está usted bastante bien documentado... Sí. En efecto. Los de

toxicología tendrán trabajo con ello.

—Ya. Comprendo.

—Vamos... Le llevaré conmigo a la comisaría para que firme una declaración. Cosa de puro trámite.

—Sí, inspector.

Poco después subieron al coche que conducía el propio Deladier.

Como quien no quiere la cosa, el inspector, mientras conducía a la menor velocidad posible en las calles de París, lanzó:

—¿A qué hora exactamente echó de menos a su mujer?

—Bueno... creo que se lo dije ayer. No puedo precisar... Yo me acosté primero. Serían las nueve y veinticinco poco más o menos.

—A mí me llamó a las diez y media. Tengo anotada la hora.

—Bueno, mi esposa tardó unos tres cuartos de hora. Es decir... Yo me di cuenta... Espere, sí... Cincuenta minutos. Repasé algunos trabajos y luego me puse a leer. Me llamó la atención que tardara tanto. No sé... Había un silencio extraño en la casa.

—¿Extraño?

—Pues sí. No sabría explicarle.

—Usted es escritor. Trate de definir ese silencio.

—No creo que tenga tanta importancia.

—Cuando su esposa está... ¿El silencio es de otra manera?

—Tal vez. No... siento algún ruido, la oigo moverse... Aunque la casa está muy bien construida, pues... con la puerta abierta se oye, por ejemplo, el ruido del agua al salir del grifo.

—¿Usted escuchó ese ruido?

—Al principio creo que sí... Más que oírlo fue una intuición. Mi esposa solía tomarse una ducha tibia muchas noches. Una costumbre.

—¿La «oyó» ducharse?

—Pues no. Estaba enfrascado en la lectura... Recuerdo que estuve hablando con ella.

—¿Le habló usted?

—Bueno. Hablaba yo. Creía que ella me escuchaba. Luego me extrañó y como había pasado tanto tiempo...

—Cincuenta minutos.

—Eso.

—¿Qué hizo usted?

—Me calcé las zapatillas y me levanté. Fue entonces cuando la

casa me pareció más silenciosa... como sí... si excepto yo no hubiese nadie más ahí... ¡Y no había nadie más!

—¿Qué hizo entonces?

—¡Inspector, todo esto ya se lo dije ayer! ¿Por qué tengo que repetirlo?

—Trato de... de retener en mi memoria todos los detalles. A veces la más leve disonancia entre los hechos puede servir de gran ayuda.

—Inspector —soltó de pronto Paul—. ¿A qué hora murió mi esposa?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Creo que tengo derecho a saberlo... Entre nueve y media y diez y cuarto desapareció...

—Sí, señor Lefébre... Y todo coincide.

—¿Qué?

—La autopsia ha revelado que la muerte se produjo entre las nueve y media y las diez... ¿Qué tiene usted que decir, señor Lefébre?

CAPITULO VI

—¡Basta, inspector! Me está interrogando como si yo fuera sospechoso del asesinato de mí mujer.

Estaban ya en la comisaría.

Además del inspector había su ayudante y un mecanógrafo que había estado tomando notas.

De pronto el escritor miró alternativamente a los tres hombres que permanecían silenciosos.

—¡Dios mío! ¿Es que puede creer realmente que yo...?

—Cálmese, señor Lefébre —pidió Deladier—. Usted es mi única pista... Convenga conmigo que esa desaparición es bastante extraña.

—Eso ya se lo dije yo mismo anoche.

—No obstante me llamó usted por teléfono.

—¿Qué podía hacer si no? Estuve buscando... Por un momento creí que hubiera podido caer al patio interior, bajé como un loco... Después oí una risa en casa de ese estafalario pintamonas... Hablé con el joven Lecaute... ¡Cielos! Apuré todas las posibilidades, y hasta a mí mismo me parecía absurdo todo. ¿Qué era lo que podía hacer?

—Desde luego, señor Lefébre, hizo usted bien. Para esto estamos nosotros... Y dígame... ¿Insiste usted en que la puerta de su casa estaba cerrada por dentro?

—Con el pasador. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

—Tendré que volver a su casa y hacer un reconocimiento a fondo. Dadas las circunstancias es necesario.

—Vaya y mire cuanto quiera...

—Bien, y usted mientras tanto piense... Colabore. Hay una pregunta cuya contestación abriría la puerta a otras preguntas. Es lo que llamamos el cabo suelto. El que no enlaza.

—¿Qué pregunta es esta?

—¿Por dónde salió su esposa? ¿Por dónde, señor Lefébre?

* * *

»—Pobre Paul, te arruino. Y solo faltaba lo del coche».

»—Bah, eso es lo de menos. ¿Qué le pasa?»

»—No sé. No arranca. Lo dejé en la puerta de la casa de los Mercier...»

Las voces surgían del altavoz de la grabadora.

Eran las voces de Lorna y de Paul.

El inspector Deladier, en su vistazo al apartamento del escritor, la había puesto en marcha.

—¿Graba siempre sus conversaciones con su esposa? —inquirió.

—¡Oh, no! No sé cómo estaba abierto. Recuerdo que Lorna lo advirtió y me lo dijo.

—¿Quién lo había abierto?

—Pues no lo sé.

—Sería ella.

—Recuerdo que aseguró que no... Oh, dijo algo...

—Un momento —pidió el inspector.

Seguía teniendo la grabadora abierta y escuchaba el momento en que ella hablaba de la primera esposa de Paul.

De nuevo Paul pudo evocar aquellas palabras.

»—Ella no te inspiraba».

»—Por Dios, Lorna, ya te dije que no me gustaba hablar de eso».

El inspector siguió escuchando el relato.

—¡Cierre esto! —exclamó Paul—. Pensar que ayer... hace solo unas horas estábamos hablando y de pronto...

—¿Le molesta sentir una amistosa conversación con su esposa? Calle, por favor, y perdone mi curiosidad... Sé muy poco de usted todavía... Por ejemplo... no sabía que fuera usted viudo antes de contraer matrimonio con su última esposa.

—Sí. Lo era.

El inspector había llegado al final de la escucha y cerró la grabadora.

—Su primera esposa murió de accidente. ¿Eh?

—Sí...

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace diez años. Yo tenía veintidós.

—Tiene usted mucha desgracia.

—¿Qué está tramando su cabeza, Deladier?

—Nada, se lo aseguro...

—Mi primera esposa es como si no hubiese existido jamás.

—¿No se llevaban bien?

—Estuve solo casado tres meses.

—Una muerte prematura.

—Hubiese muerto igualmente... Tenía leucemia en estado bastante avanzado.

—¿Usted lo sabía?

—Sí. Me casé con ella para intentar hacerla feliz los últimos tiempos que le quedaban de vida.

—Es usted muy generoso.

—Gracias. No lo hice por generosidad.

—¿Por qué lo hizo usted entonces?

—¿A qué viene hablar de eso, inspector? No nos conducirá a nada.

—Tal vez... ¿Tanto le cuesta recordar su pasado? Anoche, según el magnetofón, usted se molestó bastante con su mujer cuando ella le habló de ese primer matrimonio.

—Se lo diré en pocas palabras. Yo tenía entonces otros planes. Me estaba abriendo camino. Conocí a una chica y tonteeé con ella. Ella creyó que la cosa iba en serio y yo estaba a punto de dejarla cuando me enteré de lo que le ocurría. El médico apenas le daba medio año de vida... No sé qué pasó por mí... pero ella llegó a creer que yo la pediría en matrimonio y todo vino rodado. Preparamos las cosas y me dije: «Medio año pasa pronto». Pensé que era una buena obra... Fue como si jamás me hubiese casado. ¿Lo entiende? Ella daba bien claras muestras de su enfermedad... Agotada, pálida... perdía día a día... Un día se fue a otro médico. Le dijo que era soltera, que estaba sola en el mundo y que había recorrido varios médicos, que le dijera la verdad. Quizá empezaba a darse cuenta que ni siquiera la alegría de la boda la había mejorado... El médico creyó lo que ella le dijo y le habló sin tapujos... Así supo que sus días estaban contados... Entonces intentó pasarlo lo mejor posible. Fingió cambiar. Incluso bebía y fumaba, cosa que jamás

había hecho hasta entonces... Y quiso aprender a conducir un automóvil. Yo tenía un «Renault» bastante usado. Le enseñé. No se sacó siquiera el permiso...

—¿Fue con el coche que se estrelló?

—Se despeñó —corrigió el escritor—. Algunas veces había tomado el coche sin mi permiso... Y conducía como una loca... Creo que en realidad ni siquiera le importaba morir... No sé... no sé si nunca llegó a saber que yo conocía la verdad.

—Una historia muy dramática.

—Dígalo claro. Digna de un folletín, pero la viví yo... Yo, inspector, y no me gusta recordarla...

—Bien... Eso fue... —señaló el magnetofón— lo último que hablaron ustedes anoche.

—Bueno. Yo tomé un bocadillo, charlamos algo más... Cosas intrascendentes.

El policía consultó unas notas distraídamente.

—De acuerdo con el laboratorio... Teniendo en cuenta que la muerte se produjo entre nueve y media y diez... Ella tuvo que salir casi al mismo tiempo que usted entró en el dormitorio... ¿Sabe sí... tenía amigos?

—Pues... los nuestros. Salimos poco.

—Esos Mercier.

—Viejos amigos míos. Con Jean-Paul, nos conocemos desde niños.

—¿Qué taller de reparaciones tienen ustedes? Quiero decir... ¿Dónde les reparan el coche?

—En Geminis.

—¿Dónde cae esto?

—Sobre Pigalle.

—Voy a llamar... Su esposa dijo—y señaló nuevamente el magnetofón— que había llamado para que fueran en busca de su coche.

—Sí. Es verdad.

—Bien... le dejo por ahora. Pero tengo que rogarle que no abandone la ciudad sin decírmelo. Es probable que necesite saber más cosas... Y usted piense. Tal vez recuerde algo más.

—Inspector... ¿Sigue usted creyendo que yo...?

—Yo no creo ni dejo de creer —repuso Deladier—. Pero usted

no se vaya. Le voy a necesitar. ¡Ah! Y una última pregunta.

Estaba ya casi en la puerta, junto con su ayudante más joven que él y muy atento a todo lo que allí se había dicho.

—Diga.

—¿Quién era la chica que anoche vino a visitarle? Eran casi las doce, ¿no?

El escritor arqueó las cejas y Deladier añadió:

—Mandé vigilar su casa. Nunca se sabe.

—¡Oh, pues...! Es una muchacha norteamericana. Se llama Carol Buchanan. De California, la conocí cuando estuve en Estados Unidos hace tres años... Allí conocí también a Lorna.

—¿Viaja por turismo esa señorita o reside en París?

—No, no. Llegó ayer mismo, vía Roma. Trabaja en un Magazine. La mandaron para que escribiera reportajes.

—Ya... Hasta pronto, señor Lefébre.

El inspector salió de la casa pero no para regresar a la comisaría sino que, después de dar unas instrucciones a su ayudante, llamó al piso segundo y esperó a que Lecautet le abriera la puerta.

—¡Hola, amigo...! Siento molestarle a estas horas. Sé que son las que dedica al sueño, pero es necesario que hablemos.

Lecautet se rascó el revuelto y abundante pelo.

—Bueno, bueno. Supongo que será inútil que me niegue. Ande, pase usted.

CAPITULO VII

Poco después, Lecautet subía al apartamento del escritor.

—Hola... Sé que no debería decirle nada de lo que hablamos con ese policía, pero tengo muy buen concepto de los deberes de buena vecindad... Además, a mí no me parece usted un criminal.

—¿Qué diablos está diciendo?

—Que el inspector me ha contado que han encontrado el cuerpo de su esposa... En primer lugar, le acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

—Lo siento... Pero ya se sabe que en estos casos el primer sospechoso es el marido y Deladier no es muy original. Me ha estado haciendo una serie de preguntas que yo he contestado... pero quiero ponerle en guardia.

—Hable.

—Me ha preguntado si sabía algo de su esposa... Parece que sabe que una vez, al principio de vivir aquí, nos encontramos y la acompañé.

—Yo sé lo dije.

—Bueno, él quería saber más cosas... Me preguntó si le había visto a usted anoche... Creo que cometí una imprudencia.

—¿Por qué?

—Porque me lanzó la pregunta antes de decirme lo ocurrido a su esposa y yo, gastando una broma, contesté: «Daba la sensación de que acabase de matar a su esposa».

—¡No estuvo usted muy brillante, esa es la verdad! —espetó el escritor.

—Lo siento, por eso estoy aquí, para disculparme... Luego ya puntualicé las cosas. Dije eso, sí... que ponía usted una cara extraña y además insistí en que no le creía responsable de nada. Me contestó que no era mi opinión lo que le importaba y entonces me hizo una serie de preguntas. Quiso saber a qué hora había llegado y

todo eso...

—Entonces tal vez sospecha de usted —repuso seriamente el escritor mirándole a los ojos como si tratara de adivinar por la reacción de su vecino lo que este estaba pensando.

—¡Vamos, Lefébre! ¿Qué motivos tiene?

—Anoche apuntó la posibilidad de que Lorna hubiese saltado por la terraza para caer en la suya.

—Sí. Ya me dijo algo así... Esos policías siempre lanzan preguntas al azar. Les conozco. Una vez me tuvieron horas y horas en la comisaría interrogándome por un asesinato que tuvimos en una de las *boîtes*... No había forma de salir de allí. En fin... quiero decirle que estoy de su parte y que si puedo ayudarle en algo...

—Temo, Lecaute, que en este asunto tendré que valerme por mí mismo.

—¡Vaya...! Escritor tendría que ser... No me diga que ahora piensa investigar por su cuenta.

—Ellos no saben nada de nada... Y lo que pasó aquí anoche es demasiado extraño para emplear procedimientos normales.

—Bueno... Yo no sé lo que pasó...

—Lo de la puerta cerrada...

—Sí. Esto es chocante... Pero supongamos que su esposa saltara por las terrazas para llegar hasta la calle.

—¡Esto es absurdo!

—Admitámoslo.

—¿Con qué objeto? Además... Aun suponiendo que quisiera irse sin que yo me enterara... tenía que volver... ¿Por dónde iba a entrar?

—¿Descarta totalmente la posibilidad de una broma de esas que luego terminan mal?

—A Lorna no le gustaba gastar bromas. Era una chica moderna, pero seria.

—De algún modo ese maníaco tuvo que atraerla.

—No... Esto no es obra del maníaco...

—¿No?

—Casi la descuartizaron, Lecaute... Pero temo... temo que no es obra de la misma persona. Hay algo más... Si pudiera recordar algún detalle... Sé que anoche... anoche no fue todo normal... Algo falla y no puedo saber qué...

El timbre de la puerta interrumpió la conversación.

Era el portero pagado por la compañía de la urbanización que entre otras cosas cuidaba de enseñar las muestras de los apartamentos que allí se construían.

Traía el periódico. Solía hacerlo todas las mañanas. Tarde porque sabía que generalmente el escritor dormía hasta mediodía casi.

—Disculpe, señor Lefébre —murmuró el hombre—. Le traigo...

—Sí, sí, gracias...

—Me he enterado de lo que ha ocurrido... Lo siento mucho, señor... Su esposa era una gran persona.

—Gracias, Dampierre.

—Si necesita algo...

—Muchas gracias...

El portero se retiró y el escritor, con los periódicos en la mano, avanzó nuevamente hacia el *living* donde se hallaba su vecino.

Arrojó los diarios sobre la mesa. Al hacerlo advirtió que chocaban con el control remoto de la grabadora.

Se inclinó, los separó y comprobó que la grabadora seguía cerrada.

Lecaute le observó con interés.

Paul repitió lo mismo. Lo hizo con intención para ver si el magnetofón se ponía en funcionamiento. Pero tampoco surtió efecto.

—¿Qué pasa? —inquirió el vecino.

—Nada, nada.

Tomó luego el control y pulsó el conmutador.

No iba demasiado fuerte, pero tampoco parecía probable que se conectara solo con un ligero golpe.

Entonces pensó en lo que le había dicho su esposa la noche anterior.

Cuando hablaban de quién había puesto en marcha la grabadora, ella, quitándole importancia, había respondido:

«Tal vez he sido yo al dejar el periódico...»

¿Era aquello lo que consideraba como extraño... o disonante, o tal vez misterioso?

No estaba muy seguro, pero en principio el magnetofón la noche anterior estaba abierto y él —Paul— estaba seguro de no haberlo

hecho y su esposa aseguró que tampoco y... arrojando un periódico sobre el control, aun intentando dar al conmutador, tampoco se encendía.

Resultaba algo extraño...

CAPITULO VIII

Paul Lefébre había intentado una y otra vez recomponer los hechos, incluso con el libro en la mano, el que había leído la noche anterior.

Intentaba asimismo recordar si había escuchado algún ruido característico de algo... Cualquier cosa que pudiera conducirle hacia la luz que tanto faltaba en aquel caso.

Recordó algunas de sus historias de misterio:

Asesinato a puerta cerrada.

Por dónde huyó el asesino.

Crimen imposible.

En todos los casos existía un truco más o menos disimulado, pero la realidad superaba con mucho su fantasía de escritor. ¿Dónde estaba el truco allí?

Necesitaba respirar aire fresco. Se enfundó la gabardina sobre el jersey de cuello alto y salió a la calle.

Observó el jovenzuelo con aspecto de gamberro que estaba en la esquina, pero lo hizo de un modo inconsciente, mirándole casi sin verle.

Paseó por las futuras calles, todas con bordillo, pero sin tránsito alguno.

De pronto sintió la necesidad de hablar con alguien y regresó al edificio. El garaje estaba en el subterráneo, un pequeño recinto con capacidad para media docena de coches. Dos para cada uno de los habitantes de la casa.

El gamberro seguía en el mismo sitio.

Antes de meterse en el garaje observó las terrazas correspondientes a las tres plantas del edificio.

Guardaban entre sí una altura normal, de unos tres metros aproximadamente. Estaban construidas de hierro recubiertas con cemento y adornadas con gresite; no existían, por tanto, barrotes, lo

cual hacía muy difícil saltar de un piso a otro, porque quien lo hiciera tenía que utilizar la barandilla como punto de apoyo y quedarse colgando, calculando posteriormente el salto para no fallar e irse directamente abajo.

Resueltamente desdeñó la posibilidad de que su esposa saliera por allí.

Fue directamente hacia el coche y al ponerlo en marcha, dejando que el motor se calentara, pensó en la terraza del patio interior.

«¿Y si hubiese habido alguien escondido en la casa?»,

Él había estado tres horas enfrascado dándole a la máquina. Cuando esto ocurría no oía nada... Pudo entrar alguien furtivamente, utilizando una llave falsa... y esconderse allí... Después, mientras él estaba acostado, pudo salir y aprovechando que su esposa estaba en la cocina asestarle un golpe... O tal vez su esposa estaba ya en el baño... Sí, en el baño, porque llevaba puesto el camisón...

Trató de imaginar la escena... Alguien entrando, sorprendiendo a Lorna por detrás y golpeándola.

Luego tomando su cuerpo y volver a la terraza.

Pensó incluso que el asesino pudiera haber trepado allí con una cuerda y por la misma cuerda deslizarse con el cuerpo de su esposa. Había muchas maneras de hacerlo.

Era la única posibilidad.

Pero... ¿Una vez sin sentido, por qué no utilizar la puerta principal del apartamento?

Para eso había un montón de explicaciones. La más lógica, porque el asesino no quería correr el riesgo de encontrarse a nadie por la escalera... O cuando saliera del ascensor... y también para que el golpe al cerrar la puerta no le delatara, y por último, porque teniendo la puerta cerrada, cuando Paul extrañara la tardanza de su mujer perdería algún tiempo buscándola por el piso...

Sí, cualquier explicación era válida... Pero... ¿quién podía haber hecho una cosa así? ¿Y por qué su mujer?

Todo seguía pareciéndole fantástico... falto de sentido, irreal, como si no estuviera sucediendo realmente sino que intentara buscar argumento para una de sus novelas.

Ascendió con el auto la rampa hasta la calle.

Viró a la izquierda para tomar rumbo al centro. Entonces vio a Carol.

Iba en un taxi. Un taxi que pasó de largo.

La vio cómo ella miraba hacia la tercera terraza.

—¡Carol! —exclamó para sí.

Le resultaba bastante extraño porque creía que la joven estaba en Roma.

Sin pensarlo pisó el acelerador para seguir al taxi en que viajaba la muchacha.

El conductor del vehículo al que seguía torció por una de las calles ya construidas de la nueva urbanización y enfiló la recta hacia el centro.

Parecía que el chófer, obedeciendo alguna orden, hubiese pisado a fondo el pedal del gas.

También Paul aceleró para no perder contacto.

El taxi se metió por una calle y continuó la marcha.

Era una calle corta que terminaba en una plazoleta. No continuaba pero tenía una desviación hacia la derecha y otra en la parte opuesta.

Cuando Paul dobló la esquina no supo qué dirección había tomado el vehículo que seguía.

Llegó hasta la plazoleta y miró primero a su derecha. Todo estaba desierto y además la calle no conducía a ninguna parte.

Viró decididamente a la izquierda.

A la tercera travesía torció de nuevo a la izquierda.

Más allá estaba ya una de las calles primitivas de antes de abrirse la nueva zona.

El taxi le llevaba considerable ventaja.

Aceleró más hasta llegar a la calle más ancha. Era un limpio bulevar que transversalmente llegaba hacia las inmediaciones de Lafayette, por la Porte de la Villette.

A medida que iba avanzando el tráfico se hacía más denso y no era posible correr tanto.

Al aminorar la marcha se volvió hacia un cruce. En una especie de callejón sin salida vio un taxi detenido.

Creyó adivinar que era el que seguía. Momentáneamente le había perdido de vista y ahora volvía a encontrarlo.

Sin respetar el semáforo viró rápidamente con el consiguiente

chirriar de frenos.

Detuvo su automóvil, casi en seco inmediatamente detrás del taxi.

No había chófer.

Miró hacia el portal frente al cual se había detenido.

Comunicaba con un patio. Dentro había un edificio de dos plantas a un lado y algo que pareció un almacén al frente.

Sin dudarlo se metió dentro.

No había nadie. Al menos a la vista.

¿Dónde se habría metido Carol? ¿Y por qué no estaba el chófer dentro del coche?

Se dirigía hacia los breves escalones que daban acceso a la puerta de la casa de dos plantas, cuando la puerta del almacén situado al fondo del paso, a unos treinta metros de donde se encontraba, comenzó a abrirse.

Gruñó ligeramente.

Paul se detuvo esperando a que apareciera alguien a fin de poder preguntarle.

La puerta quedó medio entornada pero nadie salió.

Paul, en vez de subir por la escalera, caminó deprisa acia la recién abierta puerta del almacén.

Llegó justo a la entrada y oteó el interior.

Estaba todo oscuro.

Al tratar de habituar sus ojos le pareció que se trataba de un depósito de chatarra, u objetos inservibles.

Pasó al interior.

La nave era de regulares dimensiones. Unos quince metros de ancho por treinta de fondo a lo sumo.

Habían montones de hierro, cajas de embalaje y otros desperdicios.

Avanzó y sus pasos resonaron sobre el pavimento de cemento.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Su voz resonó ligeramente.

Se acercó a la pared intentando encontrar algún conmutador que proporcionara luz.

La de la tarde que se filtraba por la puerta comenzaba ya a ser escasa y solo alumbraba la parte cercana a la entrada.

Comenzó a andar y sus pasos continuaron resonando.

Se detuvo y entonces creyó escuchar otros pasos.

Con la resonancia no era posible saber exactamente de dónde provenían.

De repente oyó un golpe seco, metálico, como si una puerta al otro extremo se hubiese cerrado de golpe.

Pensó en otra salida y se apresuró a encontrarla, ya que no podía verla, sin duda porque las cajas se lo impedían.

Buscó por entre los cachivaches amontonados, aguzando los oídos. Sin embargo, no pudo ver la sombra que se erigía en un rincón, junto a unos bidones.

Una mano se alzó amenazadora con un trozo de hierro.

Paul seguía intentando encontrar la otra salida.

La mano soltó el hierro hacia un lado.

El ruido resonó por todo el local.

Paul volvióse instintivamente. No vio nada.

Tras el ruido el silencio volvía a ser total.

Paul avanzó entonces hacia donde había caído el objeto de hierro.

La sombra le estaba aguardando. Sin duda quería atraerlo hacia aquel rincón porque era el sitio donde mejor podía esconderse.

Quienquiera que fuese parecía tener la certeza de que Paul tenía «que ir allí precisamente».

Y el escritor, ajeno a lo que le esperaba, siguió andando con firmeza y con precaución a la vez.

A Paul le faltaban únicamente un par de metros para situarse a la altura de la sombra oculta.

Los recorrió.

Dos manos enguantadas esperaban con el objeto contundente en el aire, prestas a bajar rápidamente para golpear al indefenso Paul.

Y Paul asomó...

CAPÍTULO IX

La barra de hierro bajó rápidamente.

Como si un presentimiento le avisara, o tal vez el propio instinto de conservación hubiesen previsto en la mente del escritor que «algo» iba a sucederle, esquivó por centímetros.

Sintió el aire de aquel objeto que casi rozó su cabeza.

Reaccionó rápidamente y sujetó la barra.

El agresor se hallaba en la sombra y no intentó siquiera forcejear, pues al ver fallido el golpe soltó la barra y corrió por el pasadizo formado por dos hileras de bidones.

El escritor corrió por el lado opuesto, entre los bidones y pilas de cajas de embalaje.

De pronto varios de los bidones, empujados por el fugitivo agresor, cayeron con gran estrépito impidiendo el paso a Paul que en primer lugar tuvo que esquivar la avalancha.

Aquello le hizo perder un tiempo precioso porque el fugitivo había alcanzado ya la puerta de salida y la cerraba para poner un nuevo obstáculo a su perseguidor.

Paul abrió la puerta pesada y maciza y solo tuvo tiempo de ver que alguien salía por la puerta del patio hacia la calle. Luego el ruido del motor del taxi al ponerse en marcha.

Su intención era seguir al fugitivo pero entonces creyó oír una especie de gemido.

Dudó solo un segundo.

El gemido volvió a sus oídos con mayor intensidad.

Se orientó.

Venía del fondo de la nave. Corrió hacia allí.

Entonces descubrió la puerta. Era pequeña y metálica, pero antes de la puerta, en el suelo, en el centro del corredor formado por la chatarra había un cuerpo tendido, y sangre en el suelo.

Se aproximó.

Era un hombre. Vestía como un taxista, incluso llevaba una gorra de visera corta.

Estaba ladeado y Paul intentó darle la vuelta.

Entonces observó que algo se lo impedía. Era un puñal. Un puñal parecido a una joya de adorno. Tipo marroquí. Un puñal de largo filo que alguien le había clavado en la espalda.

El hombre tenía los ojos abiertos. Intentó decir algo, pero solo consiguió mover los labios, luego quedó inmóvil. Inmóvil para siempre.

¿Y Carol?

¿Dónde estaba Carol?

Pensando en lo ocurrido y en lo a punto que estuvo de recibir un golpe que hubiera podido resultar definitivo, no advirtió al hombre que acababa de entrar.

Era un individuo que se movía con seguridad por el interior de la nave.

Un hombre sin duda acostumbrado a estar allí.

Se detuvo al ver a Paul.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace a...?

Se interrumpió cuando Paul, apartándose, dejó ver el cuerpo del muerto.

—¡Cielo santo! ¿Qué es esto?

—No... No lo sé... —murmuró Paul.

* * *

El inspector Deladier salió del almacén. Tras suyo estaban sus hombres tomando los datos pertinentes al caso.

—Bueno... Repítame esa historia mientras vamos a la comisaría.

—Inspector, ya le he dicho todo... —Usted vio a esa Carol...

—Sí, pero... dudo que ella... Bueno, quiero decir que es una buena chica y...

—Una buena chica que según usted tenía que estar en Roma. Una buena chica a la que sigue y según sus propias declaraciones por poco le asesta un golpe con una barra de hierro.

—Yo no dije que fuera ella.

El inspector, haciendo caso omiso de la interrupción de Paul, añadió:

—Y por último se encuentra usted con un cadáver... Bueno, convengamos que esto por lo menos es tan extraño como lo ocurrido la noche anterior con la desaparición de su esposa... Es tan... inverosímil que casi casi estoy dispuesto a creerle.

—Pero...

—He dicho casi, señor Lefébre... ¡Vamos!

—Tengo mi coche ahí. Si no le importa iré con el mío.

—Bueno, pero pase delante. Ya conoce el camino y no intente despistarme. ¿Eh?

—¿Por qué iba a hacerlo? Yo no tengo nada que ocultar.

—¿No...? Sin embargo, por ahora parece que tampoco tiene mucho que contar.

La conversación se reanudó en la comisaría en presencia de Deladier y los mismos de la vez anterior.

—Deme ese informe —pidió el policía a su ayudante.

Cuando lo tuvo en sus manos comentó:

—Carol Buchanan... ¿Por qué la siguió usted?

—La creí en Roma. Al verla pasar y no detenerse la seguí...

—Simplemente para charlar con ella.

—Bueno, me extrañó verla. Aunque llevaba tres años sin verla... fuimos bastante amigos.

—Se hospeda en el hotel L'Etoíle —explicó el policía sencillamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Hice algunas comprobaciones. Comprenda, recién desaparecida su esposa llega una señorita a su casa, a medianoche... es una hora poco corriente para hacer visitas.

—Venía del aeropuerto en tránsito para Roma.

—Si le dijo esto, le engañó. Por el número de la matrícula del taxi hemos localizado al chófer. Mi ayudante habló con él. La recogió en Pigalle, le dio esas señas y le pidió que esperara, luego el chófer la condujo al mencionado hotel...

—No lo sabía.

—Lo hubiéramos averiguado de todos modos. Aunque hay bastantes americanos en París... hubiésemos averiguado el hotel.

—No sé... no sé por qué me mintió, lo ignoro.

—O no debe ser tan buena amiga como supone o acaso usted sabe algo más de lo que dice... Con franqueza, Lefébre... si ha

pensado que es fácil engañarnos se equivoca usted de medio a medio... Esto no es una de sus novelas...

Vamos, dígamelo todo.

—¿Qué diablos quiere que le diga? —estalló el escritor, levantándose.

—Cálmese, cálmese. Fume un cigarrillo. ¿Tiene usted tabaco? ¿Prefiere uno de los míos?

El escritor sacó su paquete y prendió fuego a un pitillo.

—Yo no sé nada más, inspector. Le doy mi palabra... Si lograra poder recordar incluso... aquello que a veces se queda en el subconsciente de uno...

—¿Quiere que le ayude?

—¿Qué sabe más?

—Los americanos trabajan deprisa... He pedido una información al consulado, se diría que me estaban esperando... Así que yo sé quién era su esposa.

—¿Qué quiere decir?

Sacó otro informe y leyó:

—Lorna Anne Darían, nombre de soltera. Legalizó su pasaporte al casarse con el ciudadano francés, Paul Lefébre, usted.

Continuó:

—Lorna, Anne Darían, señora de Lefébre. 27 años. Nacida en Buffalo, en el estado de Nueva York, Estados Unidos.

—Todo esto ya lo sé...

—En su país de origen... posee bienes de fortuna, actualmente manejados por un apoderado que nombró ella misma poco antes de emprender su viaje a París, del que ya no volvería. (Esto último, evidentemente, lo añadió por su propia cuenta.)

El escritor iba a decir algo, pero el policía le atajó continuando la lectura de su informe.

—Dichos bienes, dólar más o menos, se cifran en unos trescientos mil dólares... que al cambio oficial pueden estimarse en un millón quinientos mil y pico de francos, nuevos, por supuesto. Una bonita cifra...

Hizo un inciso y cambiando el tono y como aquel que no pregunta nada de importancia, soltó:

—¿Había hecho testamento su esposa?

—¿Qué...? No sé... ¿Qué tiene que ver...? ¡Oh, inspector...

vuelve a insinuar que yo la maté!

—Un millón y medio de francos es buena razón para un hombre ambicioso.

—Mi ambición no llega hasta esos extremos, inspector. Me parto la cabeza buscando ideas que gusten a la gente... No crea que me pagan ninguna fortuna por escribir un argumento... Tengo que estrujarme los sesos, pero jamás se me hubiese pasado por la cabeza, que algún día podrían insinuar que me hubiese casado para disfrutar el dinero de mí mujer...

—Sí, señor Lefébre... No lo tome a mal... Es una hipótesis. Más o menos sé que usted, a pesar de ganar bastante más que yo, no tiene... digamos, suficiente para sus gastos... El apartamento que ha comprado es caro... y que se sepa, no dispone usted de bienes de fortuna aparte de su trabajo.

—¿Todo eso ha averiguado en tan poco tiempo?

—Pura rutina.

—Si me lo hubiese preguntado a mí, habría tenido información de primera mano. Jamás he ocultado mis ingresos. No tengo por qué presumir. Gano, sí, pero la vida está cara para vivir con ciertas comodidades el dinero vuela.

—Bueno... ¿Cómo queda lo del testamento?

—¡Yo qué sé! Creo que alguna vez Lorna habló de ello. Es posible que me lo dejara todo a mí, pero no pensaba en esas cosas. Ni siquiera sabía que tenía esos bienes. Le doy mi palabra.

—Su esposa debe tener un notario, posiblemente en Estados Unidos. En su nombre me he permitido mandar el acta de defunción a fin de que el representante legal de la difunta cuide de que el testamento llegue a París... Quizá usted no sea el beneficiario y entonces las sospechas recaerán en otra persona.

—¿Por qué tiene que mediar el interés en este asunto?

—¿Se le ocurre algún móvil mejor?

—No se me ocurre nada. Sin embargo, han dado la noticia como obra de ese maníaco...

—Sí... Un maníaco un tanto especial... Hemos averiguado que la modelo publicitaria considerada como penúltima de sus víctimas, el mismo día de su muerte canceló su cuenta en un Banco. Era bastante ahorradora. Consiguió reunir sesenta mil francos que no han sido hallados en parte alguna, ni que se sepa hizo inversión de

ese dinero... Las anteriores víctimas... eran, una, la propietaria de una *boutique* de cierto renombre... y dio la casualidad que el día anterior a su muerte había firmado un cheque por cuarenta mil francos, igualmente en paradero desconocido. Por último, la segunda de sus víctimas, bailarina de profesión, en los días que precedieron a su muerte dilapidó nada menos que veinticinco mil francos, céntimo más o menos, sin que se sepa en qué gastó el dinero... Como verá, hay motivos más que sobrados para pensar que el maníaco, tiene, además, gusto por el dinero, porque resulta bastante casual la muerte de las chicas acompañada de la desaparición de importantes sumas... Y llegamos a su caso... Su esposa tenía una cuenta personal.

—Era dinero suyo.

—Sí, claro.

—Yo no quería que lo tocara. Le daba lo que podía. Quedamos que viviríamos de lo que yo ganara.

—Bueno, no es que haya conseguido una gran información del Banco. Ya sabe lo reservados que son en lo tocante a las cuentas... Pero sí me han asegurado que su cuenta se mantenía más o menos igual. No se había desprendido de grandes sumas... y yo añado... tal vez porque el asesino esperaba una cantidad mayor... La que heredaría.

—¡No le tolero que siga por ese camino, inspector! Yo no la maté...

CAPÍTULO X

Jean-Paul e Ivonne Mercier estaban a punto de cenar cuando apareció Paul en la casa.

Era el matrimonio amigo que había ido a visitar el día anterior Lorna.

—Pasa, Paul... He estado en tu casa enseguida que supe la noticia. Pero no estabas. He intentado llamarte, pero el teléfono no contestaba —dijo el amigo.

Era más o menos de la edad de Paul y la esposa tendría los años de Lorna.

—¿Quieres cenar con nosotros? —preguntó ella.

—No, no, gracias.

—Supongo que estarás deshecho —siguió la esposa—. No sé qué decir... Ayer tan llena de Vida...

—Dejaros de cumplidos. Sé que la apreciabais... Cenad ahora... Luego... quisiera hablar contigo, Jean-Paul.

—¿Quieres pasar a mi estudio?

—No es que Ivonne no pueda oír lo que tengo que decir. Nunca ha habido secretos. Pero cena primero.

—No, déjalo. Por las noches como poco. Siempre tengo un montón de trabajo de la oficina y me gusta hacerlo por la noche. Con el estómago lleno me entra sueño. Vamos, tomaré un bocadillo mientras hablas. Ivonne, tráeme café bien cargado. ¿Quieres tú?

—Sí, una buena taza. Gracias.

—Voy a hacerlo —repuso ella.

La cara de angustia se patentizaba en los rostros de los dos amigos. La de Paul era la del hombre que lucha intentando encontrar una salida.

Pasaron al gabinete-estudio. Había una gran mesa de dibujo y otra normal, estaba atiborrada de planos. Era el trabajo de Jean-Paul Mercier.

—Esta tarde han estado a punto de golpearme... Creo que querían asesinarme.

—¿Lo has dicho a la policía?

—Claro, pero ellos piensan que el más interesado en quitar de en medio a mí esposa, era yo mismo.

—¡Esto es absurdo!

—Tú sabes que yo no sería capaz de una cosa así... Y necesito investigar por mí cuenta antes de que Deladier consiga una orden de detención y me arresten.

—Pero... ¿qué puedes hacer tú?

—No lo sé. Pero recuerdo que cuando llegó a Estados Unidos fue a visitar a alguien, algún conocido... Creo que tenía sus señas en la agenda. Es la única persona, que yo sepa, que conocía a Lorna antes que yo. La única persona en París... Es posible que pueda decirme sí... si tenía algún enemigo.

—¿Enemigo?

—¡Qué sé yo!

—Te lo hubiera dicho.

—Hay cosas que a veces una esposa no dice al marido porque cree que son tonterías... Ignoro si volvió a ver a esa persona o personas... Creo que era una mujer. Empezaré por ahí.

—Pero los periódicos dicen...

—Sí, ya sé... que es la cuarta víctima del maníaco, pero no sé por qué yo no estoy de acuerdo... Un hombre que asesina descuartizando a sus víctimas... tiene que hacerlo después de entablar amistad con ellas. Tiene que ganarse su confianza... Y después de lo que me ha dicho el inspector, todavía estoy más convencido.

—¿Sobre qué?

—Parece que el maníaco, además, tiene afición al dinero había conseguido sumas importantes de las mujeres que mataba. En cuanto conseguía el dinero acababa con ellas.

—Eso no se ha dicho.

—Parece que es información de última hora. Me lo ha dicho a mí para hacerme ver que yo tenía un buen móvil con la herencia de Lorna.

—¿Herencia?

—Han averiguado que tenía dinero en Estados Unidos.

—¡Vaya!

—Sé que Lorna salía poco... Iba a la peluquería y a visitaros a vosotros. No tenía amigos propios, nunca salió dando pretextos... Pasaba muchas horas en casa.

—Sí, recuerdo que le dije que parecíais ermitaños.

—Ya me lo contó. Sé que no me hubiese ocultado una amistad... Hubiera hecho algún comentario... por lo tanto, ese maniaco aficionado a los francos... no podía ir detrás de ella. Según parece, de su cuenta privada tampoco falta nada importante. Tiene que haber sido otra persona y, ¡por Dios que sabré el motivo! Sin embargo... tenía que estar en casa...

A continuación, explicó lo de la puerta cerrada, cosa que los periódicos no habían mencionado todavía.

Cuando hubo terminado, apareció Ivonne con el café.

—¿Qué puedo hacer yo? ¡Dime de qué forma puedo ayudarte y no dudes que lo haré!

—Es solo por el caso de que quieran detenerme.

—¿A ti? —interrumpió Ivonne.

—Sí. Ya te contaré —repuso el marido—. Sigue, Paul.

—Si pudieras prestarme la casa que tienes en el campo.

—Eso ya ni se pregunta. Te daré la llave. Nosotros no vamos hasta que empieza el buen tiempo.

—Sólo la utilizaría en caso extremo.

—Ve y quédate... y si quieres escuchar mi consejo, descansa. Has sufrido un rudo golpe. Pasa unos días allí y tal vez las cosas se aclaren.

—No, Jean-Paul. Tengo que investigar...

Tomó el café a sorbos porque estaba muy caliente. El matrimonio cambió una mirada entre sí.

Paul, a pesar de todo, conservaba la serenidad como si últimamente, a pesar del atentado de que había sido víctima, hubiera ido sobreponiéndose llegando a ser el hombre frío que examinaba las cosas con calma, sin precipitarse, pero tampoco sin concederse tregua. Tal y como planeaba y realizaba sus novelas de misterio.

Terminó el café y se despidió del matrimonio.

Jean-Paul le entregó la llave.

—Tenme al corriente, y si necesitas algo más.

—De momento nada. Gracias.

Salió a la calle y subió al coche.

Apenas había rodado unos metros advirtió que otro automóvil parecía seguir su misma ruta.

Para comprobarlo, aceleró doblando por la primera esquina. El coche de detrás aumentó también la velocidad...

A Paul ya no le cupo la menor duda de que le estaban siguiendo. Forzó más la marcha obligando a su seguidor a avanzar.

¿Quién sería?

Pensó en la policía. Sí. Era casi seguro que Deladier le había puesto a alguien detrás.

Volvió a la velocidad normal y de repente pensó en algo para quitarse de encima al agente o quien fuera.

Subió por Pigalle y torció hacia el Boulevard Hausman. Luego, tras describir varios círculos, enfiló por una calle estrecha y se detuvo frente a Le Clochard.

Era un café que había frecuentado en otros tiempos.

Observó que el coche que le seguía se detuvo en la esquina. Posiblemente su conductor tenía el pie sobre el acelerador por si de repente Paul intentaba de nuevo la carrera.

Pero Paul entró.

Había bastante gente. Pasó por entre los clientes y fue hacia el corredor de los servicios. Al fondo había una puerta que comunicaba con el patio y después otra por la que se salía al callejón trasero.

En la calle otra vez solo tuvo que dar la vuelta para salir detrás del coche seguidor.

El auto había avanzado unos metros y dentro estaba su conductor

Sonrió brevemente, pues tampoco estaba de humor para ello, y, a pie, con buen paso, caminó hasta encontrar un taxi.

Pensaba ir a su casa, pero decidió que primero le convenía hacer una visita al hotel L'Etoile. Según el inspector Deladier, Carol Buchanan se alojaba allí.

CAPÍTULO XI

El taxi se detuvo delante del hotel, y después de pagar la carrera, Paul entró, para dirigirse a recepción.

—Sí... Una americana, la señorita Buchanan. En efecto estuvo hospedada aquí, pero se marchó esta tarde.

—¿Dijo adónde iba?

—Espere un momento... —El empleado buscó algo debajo el mostrador y negó—: No, señor.

—Oiga, es muy importante... ¿Cuánto tiempo llevaba alojada esa señorita en el hotel?

—No sé, señor.

—Pero puede mirar...

—No sé si debo... Ha venido la policía a hacer unas preguntas a mí compañero.

—Escuche, yo no soy policía, pero necesito saber adónde ha ido Carol Buchanan. —Y mientras hablaba sacó unos billetes. Entregó dos de ellos al empleado.

—Aguarde, señor. Mi compañero no se ha ido todavía Veremos lo que sabe.

Paul dominaba su impaciencia... El comportamiento de Carol era algo sumamente extraño.

Al volver la mirada, vio que en la calle asomaba un hombre.

Avanzó y pudo ver que eran dos.

—Policías. Debí suponerlo —dijo en un susurro.

El recepcionista regresó con la información.

—La señorita por la que usted pregunta llevaba una semana en el hotel.

—¿La policía sabe que se ha marchado?

—Seguramente. Les dimos toda clase de información... Es decir, lo que sabíamos...

—Ahora dígamela a mí. —Y puso sobre el mostrador otros dos

billetes.

Tras guardar la propina, el hombre explicó:

—Un mensajero vino con una nota de la señorita Buchanan y un talón por el importe que cubría sobradamente su hospedaje... En la nota se decía que cuidáramos de llevar su equipaje a la Gare du Nord. Sus instrucciones fueron así efectuadas.

—O sea, que el mensajero vio a la señorita.

—No. Fue uno de nuestros mozos. Cuando ocurren estos casos mandamos a alguien que conozca a nuestros huéspedes, podría tratarse de un robo...

—El talón llevaba la firma de Carol Buchanan.

—Era un traveller, pero aun así, debemos asegurarnos.

—Muy bien... Entonces... La Gare du Nord. Por cierto... ¿tienen alguna otra salida?

—La de servicio, pero también está vigilada —sonrió el informante.

—¡Ah! Comprendo. Buenas noches, señor... Esperaré un poco en el bar.

—A su gusto.

Le fastidiaba que la policía estuviera allí y pensó que si ya sabían que ella no estaba, lo que hacían era comprobar si alguien iba a verla... O tal vez el listo de Deladier ya contaba con que su primer visitante fuese el propio Paul.

Pidió un café y aguardó pensando en la forma de salir.

Antes de que le sirvieran la infusión vio la manera de intentar pasar inadvertido.

De los dos ascensores bajó un número considerable de personas que se agruparon en el vestíbulo.

Uno, con aspecto de guía, informó:

—El autocar está esperando... Dentro de un minuto, cuando estemos todos, saldremos.

Era un París la nuit que el grupo de turistas se aprestaban a disfrutar.

Cuando estuvo el completo —una veintena y pico de personas—, el guía les indicó que ya podían salir. Tomó la delantera hacia la puerta y Paul aprovechó para mezclarse con los turistas.

Alzó el cuello de su gabardina y procuró que el rostro quedara oculto, amén de protegerse entre varios de los turistas.

Los policías estiraban el cuello, pero sin duda no pensaban que pudiera escapárseles. Pero cuando se dieron cuenta Paul corría calle abajo hacia la plaza inmediata. Tuvo suerte en encontrar un taxi y se hizo conducir a la calle del café Le Clochard.

Allí comprobó que el coche que le había seguido ya no estaba, señal inequívoca de que el conductor se había dado cuenta de su estratagema y abandonó la vigilancia.

De este modo recobró su coche, y mientras conducía hacia su casa no dejaba de pensar en el extraño comportamiento de Carol Buchanan.

¿Qué tenía ella que ver en todo aquel asunto?

Cuando enfiló de nuevo las flamantes calles de la nueva barriada pensaba ya en la agenda de su esposa. Deseaba tener las señas de sus únicos amigos de París.

Entró el coche en el garaje y salió de nuevo a la zona de césped para entrar en el portal.

Antes de hacerlo, vio a alguien en la esquina. Su figura le era familiar.

Sí. Era el gamberro que ya había visto antes, aunque entonces ni siquiera se fijó en él, pero en su subconsciente, como a menudo ocurre, le quedó grabada la presencia...

Consultó el reloj. Eran las ocho y media. Más o menos la hora en que su esposa llegó el día anterior.

Avanzó hacia él.

El gamberro miraba en otra dirección.

—Oiga...

—¿Es a mí?

El melenudo, con aire importante, miró a Paul de pies a cabeza.

—¿Estaba usted anoche aquí?

—¡Je! ¡Tiene gracia!

—¿Qué es lo que tiene gracia?

—¿Qué le importa a usted si estaba o no estaba? —sonrió el jovenzuelo.

—Sólo le he hecho una pregunta —repuso Paul de mal talante—. Podía usted responderme sí o no.

—Sigo preguntando qué le importa.

Paul no estaba de humor para soportar impertinencias y lo asió por las solapas de su cazadora.

—Aprenda a no ser insolente...

—Oiga, suélteme...

—Cuando me haya contestado.

Le apretaba con fuerza obligándole a adoptar una postura rígida e incómoda.

—Sí, sí. ¡Sí! —gritó el otro—. Estaba. ¿Qué pasa? No es un delito.

Paul le soltó.

—Tal vez vio a mí esposa... Bastante alta, de cabello castaño. Anoche llevaba un abrigo largo, maxi.

—¿Y qué si la vi?

—Conteste de una vez.

El tipo presintió que si no respondía lo que le preguntaban iba a ganarse el puñetazo que el escritor estaba preparando.

—Bueno... Vi a una mujer bajar de un taxi... Quizá era ella...

—¿A qué hora?

—No lo sé...

—¿Más o menos a esa hora?

—Sin duda...

—¿Volvió a verla?

—Pues...

—Vamos, haga memoria... Usted se pasa el día aquí, primera hora le he visto.

—Bueno, está bien... Sí. Creo que volví a verla...

—¿Cuándo?

—Más tarde.

—¿A qué hora?

—¡Qué manía con la hora! Yo no tengo reloj.

—¿Vio, al menos, si iba sola?

—¿Le engaña su esposa...? —sonrió el otro.

Paul ya no se contuvo por más tiempo. Soltó el puño chocó contra la mandíbula del gamberro, que sin darse cuenta fue a parar con la espalda contra el suelo.

Escupió algo.

Paul le ayudaba a levantarse, no por cortesía, sino para sujetarle de nuevo.

—No le he pedido que haga insinuaciones...

—Bueno, bueno... Sí volví a verla. Iba sola. Seguro que iba sola.

Pero no era aquí... Fue más abajo... Donde hay los bancos de la nueva plaza.

—Escuche... ¿Recuerda cómo iba vestida? Fíjese bien... La han asesinado, ¿comprende?

—¿Eh?

—¿No lee los periódicos?

—No, pero... ¿Es esa muchacha que encontraron esta mañana en el río?

—Sí.

El gamberro lanzó un silbido.

—Bueno. Yo no sé nada...

—La encontraron con un camisón... pero usted la vería con algo más encima. ¿Verdad?

—No me fijé en la ropa... Llevaba un abrigo. Distinto del que traía puesto cuando la vi bajar del taxi. Desde luego, iba sola. La vi un momento, luego supuse que había tomado un coche. Vi uno alejarse, pero no me fijé demasiado. Yo... no estaba solo.

—¿Un coche? No recuerda la marca, claro.

—Le dije que me fijé poco, pero que la vi, sí...

—Entonces... salió sola.

—Bueno... Yo la había visto algunas veces antes, ¿sabe? Creí que era una de esas fulanas a las que alguien les pone un pisito en las afueras... Bueno, disculpe, el pensamiento es libre, ¿no? Yo no me ocupo de nadie. Me limito a mirar.

—¿Y se pasa el día ahí?

—Espero a una muchacha... No es ningún mal.

—Una última pregunta —dijo Paul antes de dejar al joven—. ¿Se fijó, acaso, si en el coche había alguien más?

—No puedo contestarle, no lo sé.

Y mientras el escritor regresaba a su casa pensaba en que su esposa había salido.

¡Había salido!

Pero... ¿por dónde?

Lo que acababa de contarle el gamberro echaba por tierra la teoría de que alguien hubiera podido hallarse escondido en la casa...

A menos que aquel individuo mintiera...

¿Qué misterio se escondía detrás de todo aquello?

¿Por qué había salido su esposa de una forma que él todavía no comprendía? ¿Qué medios había utilizado? ¿Y con quién iba a reunirse?

Probablemente con el asesino, pero... ¿quién era?

CAPITULO XII

El ascensor, según la flecha indicadora colocada sobre la puerta, indicaba hallarse detenido en el segundo piso. Paul prefirió subir a pie.

Apenas llegado a la primera planta le pareció escuchar un tenue ruido algo más arriba.

Apresuró el paso asomando por el hueco ovalado de la escalera.

Creyó ver una sombra.

Subió más aprisa, con los sentidos en tensión.

Llegado al segundo rellano vio en lo alto al pintor del primer piso. Vestía con su casaca floreada, extravagante y su pantalón negro muy ajustado.

Ambos quedaron mirándose.

—¿Venía usted de mí casa, Duman? —preguntó el escritor.

—Pues... sí.

—¿Quería verme?

—No... Es que creí sentir olor a gas y pensé que podía haber algún escape.

Paul se fijó en la llave que llevaba en la mano.

—Es... es de mí piso. No vaya usted a creer...

Paul había llegado cerca de él.

—Yo no huelo a gas.

—No, ahora no. Esto es lo extraño, pero antes diría que había un escape... Y como el del segundo no está...

—¿No está? Me pareció ver que la flecha del ascensor marcaba el segundo piso.

—Bueno... cuando he llamado, nadie respondió. No sé. No estoy pendiente de lo que hacen los vecinos.

—A propósito, Duman... siento lo de anoche. Yo... buscaba a mí esposa...

—Comprendo. Sé lo ocurrido y aprovecho para acompañarte en

el dolor... De veras que lo siento, Lefébre.

—Anoche buscaba a mí esposa. Desapareció.

—Sí. El policía ese estuvo en mi casa esta mañana y me hizo algunas preguntas. Yo, como usted sabe, anoche estaba ocupado. Bueno, tenía una visita.

—Confundí la risa con...

—Comprendo, comprendo. Me hago cargo. Ya me extrañaba a mí su actitud. Bueno, en fin... Si necesita algo y yo puedo hacerlo...

—Gracias, Duman.

Terminó de subir los peldaños hasta el rellano. El pintor, por su parte, bajó para regresar a su piso.

Apenas Paul hubo entrado advirtió algo anormal... como si la casa no estuviera sola.

Encendió la luz del vestíbulo y antes de que pudiera llegar hasta el recinto que distribuía las habitaciones, se abrió bruscamente la puerta de la cocina.

Apareció una forma extraña.

Una «forma» con un revólver en la mano.

Instintivamente, Paul saltó hacia un lado.

La «forma» disparó.

Su pistola llevaba aplicado un silenciador, y ello evitó que el estampido de las balas al salir del cargador estallaran con su ruido normal.

El chasquido apagado, no obstante, era perfectamente audible para el escritor, que describió una pirueta a fin de evitar ser alcanzado.

La «forma», sin embargo, no deseaba matarle, o tal vez no quería perder tiempo.

Se precipitó hacia la puerta y emprendió la huida. Jadeante, Paul se incorporó.

Las huellas de las balas estaban allí, en la pared.

Paul salió al rellano.

La «forma» saltaba los peldaños de cuatro en cuatro.

Al llegar al primer piso se encontró con el pintor que todavía no había puesto la llave en la cerradura para entrar. Duman se pegó a la pared con los ojos muy abiertos.

La «forma» se quedó un instante inmóvil amenazándole con el arma que llevaba en la mano.

Le apuntaba al pecho.

Duman permanecía quieto.

La «forma» continuó su huida.

Saltando ágilmente llegó en menos de un segundo al vestíbulo y desapareció hacia la calle.

Paul corría detrás.

—¿Estaba en su piso? —preguntó el pintor.

—Sí... Disparó contra mí.

—Creí que iba a matarme...

Paul corrió, pero antes de salir a la calle tomó precauciones. Iba desarmado y podía exponerse inútilmente.

Asomó primero la cabeza y miró a derecha e izquierda. No vio a nadie.

Al fin salió a la calle.

El gamberro tampoco estaba en la esquina.

Desesperadamente, Paul corrió hacia aquel lugar, pero ni a derecha ni a izquierda vio a nadie huir, ni coche alguno tampoco.

Corrió entonces hacia el lado opuesto.

Allí había varios solares en los que ya se había empezado a construir. Junto a sacos de cemento cubiertos con plásticos, y montones de ladrillos y grandes toneles y barracas para guardar otros materiales, era fácil escabullirse.

No obstante, perdió algún tiempo buscando. Al fin, encontró algo.

¡Las ropas de la «forma»!

Estaban allí. En el suelo.

Era una especie de traje completo de malla, de los que sirven de pantalón y cuerpo a la vez, y, además, un caperuzón que le cubría por entero la cabeza, tanto por delante, por los lados, como por atrás. Únicamente disponía de las aberturas correspondientes para los ojos y la boca.

Era todo.

Paul regresó con aquellas prendas hacia la casa. Al llegar frente al portal, apareció el coche de Lecaute.

Saludó con la mano al meterse en el garaje.

Paul apenas si reparó en él. Miraba aquellas ropas.

El inspector Deladier examinó cuidadosamente las ropas.

CAPITULO XIII

—No hay duda de que es uno de los trajes de entrenamiento que usan los acróbatas... También suelen usarlo para los ensayos los bailarines... Excepto esta especie de máscara —añadió, mirando el caperuzón de malla.

El conjunto no era transparente porque la malla era bastante tupida.

—Me lo llevaré para que lo examinen. ¿Tiene un papel para envolverlo?

—Sí, desde luego —murmuró el escritor.

Con él, en la casa, estaba también el pintor.

—Esto le ocurre por querer hacerse el listo... Puse un hombre detrás suyo y le despistó. Luego los que estaban en el hotel L'Etoile... Eso ha estado a punto de costarle un disgusto.

—¿Y por qué tienen que seguirme sus hombres? —repuso el joven, regresando con un pedazo de papel de embalaje que había recogido de la cocina.

—Entre otras cosas... le siguen para protegerle.

—Eso quiere decir que no soy sospechoso ya...

—Eso quiere decir que me interesa saber lo que usted hace —envolvió parsimoniosamente aquellas prendas.

Luego, volviéndose hacia el pintor, murmuró:

—Describámelo otra vez...

—¿Yo? Bueno... Sólo le vi un momento.

—Pero bastante cerca.

—Desde luego. Pensé que dispararía...

—¿Era alto?

—Sí, bastante y delgado... bueno con esas ropas negras...

—¿Algo peculiar en él? ¿Su voz...?

—Conmigo no habló —repuso el pintor.

—Ni conmigo... Disparó. Ya ha visto las marcas.

—Todas esas ropas no parecen nuevas... Han sido usadas varias veces —murmuró el policía.

—Parecía tener mucha agilidad... Se movía como... como si flotara —murmuró el escritor.

—¿Cómo si flotara?

—Sí. Tenía mucha agilidad. La forma de actuar... en todo. Ese era su rasgo peculiar. ¡Como si interpretara un ballet! —Y al decirlo, Paul se dio cuenta de que acababa de dar una buena pista —. ¡Eso es, inspector, un bailarín!

—Bueno, no sé si sería un bailarín —adujo a su vez Duman—. Pero Lefébre tiene razón... se movía como si no tocara con los pies al suelo...

—¿Ha encontrado a faltar algo de sus cosas? —preguntó tras una larga pausa.

—O pues... no lo he mirado. Enseguida que he regresado le llamé a usted.

Nada parecía revuelto a simple vista, y en su rápido vis tazo le pareció que todo estaba en orden.

Fue hasta la habitación y se dirigió al tocador de su esposa.

Con lo sucedido había olvidado momentáneamente lo de la agenda.

Abrió el primer cajón del tocador.

¡Allí sí se notaba todo algo revuelto!

No es ¡que tuviera por costumbre abrir aquellos cajones, pero recordaba haberlo visto hacer a Lorna y ella siempre los tenía perfectamente ordenados. En todo, Lorna había sido siempre una persona escrupulosamente disciplinada y una de sus principales virtudes era precisamente la pulcritud y el orden.

Buscó uno a uno los cajones.

Allá estaban las joyas, los efectos personales, pañuelos, todo... lo cual demostraba que el extraño personaje no había ido atraído precisamente para robar algo que tuviera un valor material...

¿Qué era, pues, lo que había buscado?

¡La agenda!

Sí. La agenda no estaba en el tocador, y Paul tenía la certeza de que Lorna la guardaba siempre allí.

Por más que buscó en sus bolsos tampoco la encontró.

El inspector sacudió la cabeza de un lado a otro con la actitud de quien no entiende nada de nada de lo que ocurre, —¿Tan importante era esa agenda?

—Para mí, sí... Llevaba las señas de los únicos amigos que Lorna tenía en París...

—¿Quiénes son?

—No sé. No los vi nunca. Ignoro si se trata de un matrimonio, de una mujer, de un hombre... Sé que ella, cuando llegó de Estados Unidos, fue a ver a alguien...

—¿No sabe ni siquiera el nombre?

—Lo dijo alguna vez... No sé... en este momento no recuerdo. Tengo la cabeza llena de lo que usted llamaría cabos sueltos... Tengo que ver qué abrigo falta en el armario.

—No le entiendo.

—Oiga, inspector... He hablado con un tipo que estaba ahí abajo. Me dio por preguntarle si ayer estaba en el mismo sitio y había visto a Lorna. Me dijo que sí, que la vio llegar. ¡Y después la vio salir!

—¿Dónde está ese hombre?

—Ahora, cuando salí en persecución de ese fantoche me fijé que ya no estaba.

—Describalo... Y por favor, si ve a un hombre vigilando la casa no le haga salir detrás de usted para despistarle... Si colabora, señor Lefébre, todos saldremos ganando. Veamos, ¿cómo es ese individuo?

—De unos veinte años. Malcarado, con pelo abundante y una sonrisa de suficiencia. Parece de esos que miran a todo el mundo por encima del hombro, como si estuvieran en posesión de la verdad... Un gamberro petulante. Lleva un pantalón raído y una chaqueta de cuero y cuello alto. Tanto a él como a la ropa que lleva le hace falta un buen lavado.

El timbre interrumpió la conversación. Paul abrió y apareció Lecaulet.

—Perdone, Lefébre... ¡Hola, inspector! En la escalera he encontrado a Duman y me ha contado lo sucedido... Tiene usted la negra, amigo Lefébre. ¿Le han robado algo?

—No era un ladrón —repuso el escritor.

—Entonces... ¿Qué buscaba? Duman me ha dicho que vestía una extraña indumentaria y que parecía un bailarín.

—Sí. Es cierto —contestó Paul.

—¿Y no ha robado nada?

—Una agenda. Una agenda de mí esposa.

—Pero... ¿habla en serio?

El policía intervino:

—Parece que tratan de impedir que usted conozca las señas de esos amigos o amigas de su esposa. Pero para mí, lo más claro de todo, señor Lefébre, es que teniendo en cuenta que ha sufrido dos atentados y sigue vivo significa que no quieren matarle... porque no me negará que el de hoy pudo hacerlo... Usted estaba indefenso, según ha declarado.

Y Paul tuvo que admitir que al policía no le faltaba la razón.

En verdad estaba vivo de propina, porque de haber querido el extraño bailarín enmascarado hubiese podido acabar con él.

CAPITULO XIV

Volvía a estar solo en casa, sentado en la cama con el libro que leía la noche anterior.

Solo habían transcurrido veinticuatro horas y le parecía una eternidad.

Eran tantas las ideas desordenadas que bullían en su mente que no acertaba a ponerlas en orden.

De pronto, comenzó a marcar un número de teléfono. Esperó a que contestaran. Cuando lo hicieron reconoció la voz de Jean-Paul Mercier.

—Espero no haberte despertado, amigo. Soy Paul.

—¡Oh, no! Estaba trabajando, pero aunque no lo creas, no dejo de pensar en todo lo que te ha ocurrido.

—Jean-Paul, ha entrado un tipo extraño en casa y me robado la agenda que guardaba Lorna.

—¿Qué dices?

—Sí, Jean-Paul... Y la necesitaba para encontrar las señas de sus amigos... Sé que alguna vez hablamos de ellos.

—Creo que sí.

—¿Recuerdas tú algo? Pregúntale a Ivonne... Si pudierais saber el nombre de esa persona o esas personas...

—Era una mujer. Una vez Lorna la mencionó. Espera hablaré con Ivonne. Está viendo la televisión.

Aguardó Paul, y al cabo de unos minutos, la voz de su amigo se volvió a oír al otro lado del hilo.

—¿Me oyes?

—Sí.

—Ivonne está a mí lado. Dice que se trata de una mujer.

Lorna dijo que Lorena...

—¿Qué más?

Hablaron entre ellos. Luego fue Ivonne la que tomó el auricular

para decir:

—El apellido no lo sé, pero creo que vive ¡por Montparnasse.

—¿Montparnasse?

—Sí. Una vez salimos juntas. Ella iba con el coche. Pasamos por Montparnasse y saludó a alguien. Me dijo que era Lorena, su amiga. La verdad es que no me fijé en ella, porque cuando quise mirar ya habíamos pasado... Pero recuerdo algo más. Creo que dijo que tenía una escuela.

—¿Una escuela? ¿Es maestra?

—¿De baile?

—¡De baile!

—Eso creí entender.

—¡De baile! —exclamó él, pensando en aquel hombre con el traje de malla que parecía una forma adoptando mil poses y moviéndose sin tocar apenas los pies en el suelo.

—Paul... ¿crees que esto podrá ayudarte?

—Espero que sí... Encontraré a esa Lorena. Gracia, Ivonne.

—Espera, se pone Jean-Paul.

—Dile adiós de mí parte. Voy a salir inmediatamente.

—Ten cuidado, Paul.

—Sí, Ivonne, gracias.

Colgó.

Pensó en Montparnasse. Aquello estaba lleno de bares, de cavas, de antros. En algún lugar tendrían que conocer a esa Lorena.

Salió de la habitación y abrió el armario para sacar su gabardina.

En aquel instante creyó recordar algo, algo impreciso.

Mientras enfundaba la gabardina, pensó en ello... ¿Qué era lo que de una forma instintiva le había hecho recordar la noche anterior?

Tal vez algo que dijo su esposa...

No podía saberlo con exactitud, pero algún detalle pasó veladamente de su subconsciente al pensamiento para esconderse enseguida.

Trató de recordar...

Antes de salir puso una vez más el magnetofón.

Otra cosa extraña... ¿Quién había abierto el aparato la noche anterior?

De nuevo escuchó las palabras... Una conversación vulgar, intrascendente.

El timbre del teléfono cortó sus pensamientos. Desconectó la grabadora para contestar la llamada, la voz del otro lado del hilo le causó estupor.

—¿Eres tú, Paul?

Aquella vez no la confundió como la noche anterior, aquella vez supo enseguida que era Carol Buchanan.

—¡Carol!

—Es necesario que hablemos, Paul... Yo no puedo venir, me vigilan.

—¿Quién?

—Hablares en cuanto me veas... Por favor, ven. Es muy importante.

—¿Dónde estás?

—En un bar de la calle Caumartin. El New Orleans. Date prisa.

—Sí, Carol. Yo también tenía ganas de hablar contigo...

Colgó y salió de la casa.

CAPITULO XV

La barra del New Orleans estaba desierta, y Paul echó un vistazo a las mesas de la sala rectangular. Había alguna pareja bailando y hablando en voz baja.

—Busco a una joven norteamericana. Cabello rubio, de mediana estatura.

—Sí, señor. Es al fondo. Nos dijo que esperaba a alguien. Paul avanzó hacia el fondo. Tras la sala visible una puerta conducía a un salón reservado.

Una música tenue hacia grata la estancia allí, con buenas butacas y luz tenue.

En una de las mesas, Paul distinguió a la muchacha. Cuando hubo tomado asiento a su lado, ella murmuró:

—No sé cómo empezar.

—Es muy sencillo. Hazlo por el principio y sin mentir.

—¿Lo sabes?

—Sé que estabas en París, que no me llamaste desde Orly y que a primera hora de esta tarde te vi pasar en un taxi, que te seguí y que el chófer apareció asesinado y a mí trataron de golpearme... ¡Carol! ¿No crees que tengo derecho a saber lo que ocurre? Lorna perdió la vida de una forma inexplicable y tú pareces mezclada en todo esto.

—Paul... Es cierto que llevaba una semana en París... Y te llamé el primer día, fue cuando me enteré de que habías cambiado de domicilio. Tuve un desengaño, porque... es cierto, ¿sabes? Es cierto que voy a Roma para lo que te dije, pero anticipé mi viaje para pasar unos días aquí. Me acordé de ti. Cuando estuviste en California me repetiste que viniera, que iríamos a pasear juntos y muchas veces me había acordado de tus palabras...

Hizo una pausa.

—Pensé —continuó titubeando... —que podríamos pasarlo bien.

Al principio me mandaste algunas postales y hasta cartas.

—Sí, lo recuerdo.

—Luego se fueron espaciando.

—El trabajo, apenas si salía de casa.

—No me comunicaste tu boda.

—Pues no, la verdad es que fue un fallo por mí parte.

Ella hablaba con un deje de tristeza y así prosiguió:

—No obstante, imaginé lo que tú dices, el trabajo y a pesar de todo pensé que me recibirías bien... Bueno, al enterarme de tu cambio de señas recibí una ducha de agua fría, pero se me pasó y pensé que podría visitar París sola o tal vez encontrase algún amigo... Esa es la primera parte de mí historia.

—Sigue.

—Días después, no sé si el tercero o cuarto día, volví a pensar en encontrarte, y fue cuando llamé a informaciones, porque en la guía telefónica no constaba tu número. Había muchos Lefébre y la verdad es que llamé a varios...

Otra pausa.

—Al fin di con tu número. Es cierto lo que te conté... de que la operadora me comunicó tus nuevas señas. Te llamé y me contestó tu esposa...

—Entonces, sabías...

—Sí. Lo supe solo hace tres días.

—¿Le preguntaste por mí?

—Sí. Me dijo que era tu mujer y que tú estabas descansando todavía. Di una excusa y colgué.

—Ahora que lo dices, sí recuerdo que Lorna me dijo que había llamado alguien con voz de mujer preguntando por mí que no dejó recado alguno.

—Era yo...

—¿Por qué mentiste ayer, entonces? ¿Por qué representaste aquella comedia?

—Espera, Paul. Déjame terminar... Pensé que a pesar de que te hubieses casado nada impedía hacerte una visita... y la misma tarde que telefoneé vine a tu casa. Yo iba en un taxi y el chófer avanzaba despacio porque dijo que no conocía muy bien esto. Entonces te vi. Tú salías del portal del brazo de ella. Te dirigiste hacia la otra entrada, la del garaje. Lo sé porque pedí al chófer que se detuviera

y observé a Lorna todo el tiempo que tú estuviste en busca del coche. Otra pausa.

—Me fui. Pensé que no era el momento de importunaros... Pero el rostro de tu esposa... de la que yo supuse que era tu esposa, se me antojó familiar. Creí haberlo visto en alguna parte. Como periodista, puedes suponer lo curiosa que soy.

Pensé en ello y, al fin, di con lo que quería.

—¿Conocías a Lorna de antes?

—No la conocía personalmente.

—Entonces...

—¿Abriste el paquete de libros que te traje?

—Oh, no... con todo esto... Está en el mismo sitio que lo dejé.

—Lo había supuesto.

—¿Qué tiene que ver?

—Cuando llegues a tu casa, ábrelo.

—Bueno... ¿por qué no viniste a decírmelo?

—Iba a venir esta tarde a primera hora, después de que la televisión dio la noticia de la muerte de Lorna y cogí un taxi... Fue cuando me viste.

Paul procuraba dominar su impaciencia, poniendo la máxima atención en el relato de la muchacha.

Ella prosiguió:

—Salí del hotel y tomé yo misma el primer taxi que pasó. Le di tus señas y todo fue bien, hasta que dejamos la zona donde hay más tráfico. Entonces empezó a correr más y más. Pensé que lo hacía aprovechando que había vía libre, pero en cuanto llegamos delante de tu casa, aceleró. Yo empecé a gritar:

»—¿Qué le ocurre? ¿Es que funcionan mal los frenos? Pero él no contestó nada.

»—¿Qué se propone? —insistí yo.

»Comprendí que aquel hombre tramaba algo... Luego, cuando nos acercamos adonde se detuvo, me dijo:

»—Si te portas bien nada te ocurrirá, muñeca.

»Sentí un miedo indescriptible y pensé en tirarme en marcha, pero no tardó en detenerse y entonces, como ya tenía la puerta con el tirador en la mano, abrí de golpe y empecé a correr. Huía sin saber de quién ni por qué me habían llevado allí... Creo que nunca había corrido tanto en mi vida. No sé ni por dónde pasé ni dónde

fui, sé que al cabo de correr me encontré ante una boca de Metro. Cogí un billete y bajé al cabo de unas paradas. Tenía miedo de volver a coger un taxi, pero, al fin, lo hice y me fui al hotel. A poco de llegar recibí una llamada telefónica, una voz me advirtió:

—Deja de meterte en lo que no te importa o te ocurrirá lo mismo que a Lorna Lefébre.

Lo había dicho casi temblorosa y añadió:

—Colgaron, y sentí que mi miedo aumentaba... como si me sintiera vigilada por alguien que pudiera verme aun a través de las paredes... Igual que si mil ojos estuvieran pendientes de todos mis movimientos. Más tarde, temerosa de salir, te llamé por teléfono, insistí, pero tú no estabas.

—No. He estado casi todo el tiempo fuera.

—Decidí alquilar un coche. Pedí que me lo dejaran junto a la salida de emergencia y por allí salí para ir personalmente a tu casa. Entonces creí que me seguían... Aceleré y el coche que iba detrás de mí se lanzó como un bólido. Creo que nunca había pasado tantos semáforos en rojo como hoy... Al fin, conseguí despistar a los ocupantes del coche. Eran dos. Naturalmente, no podía fijarme muy bien, bastante tenía con intentar ganar terreno... Al fin, conseguí librarme de su persecución y llegué. Tú seguías ausente, Mientras te esperaba, apareció «él».

—¿A quién te refieres?

—A tu vecino... Y entonces sí me asusté de veras.

—¿A qué vecino te refieres? —Preguntó Paul en el colmo intriga.

—¡Al loco! —exclamó ella, agrandando los ojos.

CAPITULO XVI

Estaban en el apartamento de Paul Lefébre.

El escritor desenvolvió el paquete de libros. Había dos. Eran libros de pintura.

—Página cuarenta y dos de este —murmuró Carol, El obedeció abriendo el libro de la página indicada. Sus ojos cambiaron rotundamente de expresión al ver la lámina.

Era la fotografía de un cuadro. Y la figura allí representada era ¡Lorna!

—No sabía que nunca hubiese posado... —murmuró—. Y además... es ella misma, pero su rostro no sé... le notó algo extraño.

—Ese cuadro fue comprado en una subasta por unos estudios publicitarios. Vulgarmente le llaman La loca.

—¿La... loca?

—Sí, Paul, Me contaron cierta historia que no recordaba muy bien y por eso llamé a Estados Unidos para que me aclararan ciertos puntos.

Tras una pausa prosiguió:

—La mujer del cuadro escapó de una clínica mental.

—¿Estás segura?

—Ahora sí...

—Pero Lorna estaba bien. Debes confundirte.

—No me confundo, Paul. Déjame continuar... Aquello hizo correr mucha tinta, y Lorna fue capturada y devuelta al establecimiento. Luego se supo que más tarde salió con el alta.

—Si tuvo alguna enfermedad mental estoy seguro qué estaba curada por completo... Nunca realizó ningún acto anormal. Al contrario, era reposada, ecuánime, ordenada.

—No dudo de que ya estuviera curada, pero esto no es todo... Ese cuadro del libro, lee el título, por favor.

El miró la cubierta y leyó:

«Pintores psicópatas».

Ella añadió:

—El cuadro de tu esposa fue pintado por uno que también estaba recluido. Un tal Arthur Connolly. En aquella época, hace cosa de un par de años, su fotografía apareció en todos los periódicos, y yo soy buena fisonomista... Bueno, el caso es que no volví a pensar en todo esto. Lo habí olvidado. Lo recordé al ver a tu esposa... Entonces llamé a la redacción del Magazine y pedí información y los libro que habían circulado. Dije que era urgente... El mismo día me enviaron el paquete urgente por avión, luego me comunicaron que todo lo pedido llegaría ayer.

»Con la diferencia de horario no tuve esto hasta las diez y media. Lo leí y ya no pude resistir la tentación de traértelo. Yo tenía que marchar esta mañana para Roma, tal como te dije, pero retrasé el viaje.

El seguía mirando el libro.

—Me pareció que mandarte los libros sin darte ninguna explicación no estaría bien. Quería contártelo todo. No sé... quizá pequé de impulsiva, por eso di la excusa de que acababa de llegar... En realidad, quería saber cómo vivías y si tu sabías realmente que Lorna había estado recluida. Al comunicarme que había desaparecido no tuve valor... No sé De repente juzgué que todo lo que había hecho era una tontería y hasta estuve a punto de llevarme otra vez los libros pero no sabía cómo hacerlo.

Tras otra pausa añadió:

—Me propuse esperar, y esta tarde cuando vine... Le vi a él...

—Al pintor. ¿Es Duman?

—No sé cómo se hace llamar ahora, pero recordé sus fotografías. Es él. Y de repente me pareció muy significativo que vivierais en el mismo edificio.

—Puede que fuera casualidad... No lo sé —murmuró él—. El apartamento lo eligió ella. Nosotros vinimos un poco antes que Duman... pero eso que acabas de decirme me ha dado una idea...

—Si al menos te sirviera de algo...

—Pongamos que por uno de esos misterios del destino... al cabo del tiempo, y lejos de su país, la modelo y el pintor que estuvieron recluidos se encuentran de nuevo... Duman, o como sea su verdadero nombre...

—Connolly. Es americano. Estoy segura.

—Connolly —repitió él— goza de cierto prestigio. Tiene trabajo abundante y vive bien... De pronto piensa que la presencia de Lorna puede ser perjudicial para él. Si a ella le da por contar el pasado, el pintor se verá envuelto y se descubrirá su paso por un sanatorio mental.

—¿Crees que...?

—Que decidió matarla. Sin embargo... ¿Por qué la comedia de que ella diese la sensación de no haber salido de la casa?

—Tal vez para que te acusaran a ti... Quizá pensó que te lo había contado. De este modo se libraba de los dos.

—Esto explicaría lo del robo de la agenda... Puede... puede que esa Lorena, profesora de baile, tenga algo que ver... El tipo que entró en casa con sus poses de bailarín... Antes de acusar directamente a Duman tengo que encontrar a esa Lorena... Esta noche quédate aquí... Utiliza mi dormitorio. Yo me tenderé en el sofá. No tengo mucho sueño.

—Acepto, Paul. Ahora tengo miedo. Por eso no volví al hotel, pagué con un traveller y dije que mandaran mi equipaje a la Gare du Nord. Lo dejé en consigna.

—Duman te vio, y por eso teme que tú sepas algo; por eso trata de... eliminarte. Bueno. Aquí no te buscará... Mañana, cuando me vaya, no te muevas. Cierra con el pasador, y también la terraza. Nadie tiene que saber que está aquí.

* * *

Todavía no eran las ocho del siguiente día cuando sonó el teléfono. Era el inspector Deladier.

—¿Puede venir un momento? Tengo algo que comunicarle —le pidió.

El escritor pensó que aquello retrasaría sus planes, pero decidió ir, para luego continuar la investigación por su cuenta.

Se despidió de Carol, que se había levantado y le recomendó cerrar bien todo y no abrir a nadie.

Media hora más tarde, Paul estaba en el puesto de policía.

—Lefébre... hemos averiguado que el taxi que conducía a la señorita Carol Buchanan era robado. Seguramente al chofer le

mataron para que no hablara... Quienquiera que esté detrás de todo esto no quiere testigos... Nos lo ha demostrado por partida doble... Vea esta foto.

Le mostró un retrato cuya figura el escritor identificó enseguida.

—Es el gamberro de quien le hablé.

—Es lo que pensaba... Le han asesinado.

—¿Qué?

—Hacia las once, poco más o menos. Lo encontró una patrulla cerca de sus barrios. Me llamó la atención la descripción que dieron de él y por eso le mostré la fotografía... Sabemos que estuvo con cierta chica que, al parecer, posa para el pintor vecino suyo.

Paul frunció el entrecejo.

—Afortunadamente, llevaba unas señas encima... llamamos a las distintas chicas anotadas. Eran tres. Una aseguró haber estado con él. Fue la que nos proporcionó la fotografía.

—¿Y es modelo de Durnan?

—Eso dijo ella... Hace varias semanas que posa. Luego, él iba a buscarla... En parte por dinero... Le sacaba algo a la chica, poquita cosa, pero le sacaba. Un testigo menos... Eso circunscribe el misterio en sus propios barrios y allí uno de los pocos edificios es el suyo... Posiblemente el asesino se había olvidado de él... pero luego, al verle hablar con usted, se dio cuenta de que podía ser un peligro.

—Pero ese individuo se limitó a decir que había visto a mi esposa.

—Tal vez el asesino creyó que le había dicho algo más o puede que... usted le preguntara para tantearle...

—¡Inspector! ¿Otra vez?

—Este caso sigue condenadamente oscuro, pero tengo el presentimiento de que la luz está próxima a resplandecer es como andar a tientas por una habitación buscando el interruptor que lo estamos rozando, solo falta dar la luz.

Tras una pausa, añadió:

—¿Tiene algo más que decirme?

—No, inspector, aún no.

—Eso quiere decir que sabe algo.

—Le he dicho que... todavía no. ¿Puedo irme?

—Sí, pero antes dígame... ¿Ha vuelto a tener noticias de la

señorita Buchanan?

—No creo que ella tenga nada que ver...

—¿No lo cree?

—No.

—No se confíe demasiado... por si acaso, y si sabe algo, no juegue a los detectives.

—Buenos días, inspector.

—¡Ah! Otra cosa. ¿Quién cree que puede tener mayores facilidades para contratar los servicios de... un bailarín?

—Tal vez una profesora de baile.

—Pues sí, desde luego, pero, ¿qué me dice, por ejemplo de un *manager* encargado de contratar artistas?

—¿Qué...?

—Me ha oído perfectamente.

—¡Lecautet! No se me había ocurrido.

Y Paul Lefébre salió del despacho del inspector con una nueva duda asaltándole su mente.

El inspector tenía razón. Lecautet muy bien podía haberse buscado un cómplice, pero... ¿qué diablos podía pintar el *manager* en todo aquello?

CAPITULO XVII

Lorena ya no era profesora de baile.

Lorena había dejado el oficio y vivía ciertamente en una vieja casa del barrio de Montparnasse.

A Paul le costó una hora de preguntar y varios billetes de diez francos.

Al fin dio con la casa.

Lorena le atendió con una dulce sonrisa en los labios, lorena había dejado de ser joven, pero se adivinaba en su semblante una pasada y extraordinaria belleza.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Usted sonocía a mí esposa. Se llamaba Lorna Lefébre. Puede que la recuerde con el apellido de soltera...

La ex profesora le atajó con una sonrisa, a la vez que decía:

—No siga... Claro que la recuerdo... Siéntese... ¿Quiere tomar un café?

—No se moleste.

—Yo iba a tomarlo. Pero siéntese...

—Madame Lorena...

—¡Oh, llámeme Lorena! Me rejuvenece... Tengo mi coquetería... a pesar de los años. ¿Cuántos diría que tengo, señor Lefébre?

—Se la ve joven.

—Es usted muy galante... ¿Qué quiere saber de su esposa?

—¿Es que no sabe que ha muerto?

—¿Lorna?

—Asesinada.

—¡No!

—Todos los periódicos llevaron la noticia. Fue anteayer.

—¡Dios mío! ¡Pobre Lorna!

—Sin embargo, usted me preguntó qué quería saber de ella. ¿Es que acaso pensó que viviendo ella yo acudiría a usted?

—Mire, señor Lefébre, desde que ella me dijo que iba a contraer matrimonio con usted, he estado esperando su visita.

—¿Por qué?

—Porque ella no quería decirle la verdad... Quería ocultar su pasado... por temor a perder la felicidad.

—Se refiere usted a que estuvo internada.

—¿Se lo dijo al fin?

—No. Nunca me lo había dicho. Lo supe anoche, por otra persona...

—¡Pobre Lorna! Consideraba una deshonra haber pasado por un sanatorio mental, pero eso puede ocurrirle a cualquiera. Yo estoy segura de que si a todos nos hicieran un reconocimiento a fondo asustaría ver el número de personas que tendrían que ser sometidas a reconocimiento... ¡Pobre Lorna!

—Usted la quería mucho...

—La conocí en América... Había estado en mi juventud en ese país, recibí una invitación de un viejo admirador. Ese amigo mío había sido a la vez amigo del padre de Lorna...

Coincidimos un día en su casa. El padre de su esposa había muerto por supuesto, pero ella le visitaba con frecuencia... Mi amigo me contó su historia... Y me compadecí de ella... En poco tiempo perder a sus seres queridos.

—¿Sus padres?

—No, señor Lefébre. Sus maridos... ¿no le dijo eso tampoco?

—¿Maridos?

—Estuvo casada dos veces... y enviudó al poco tiempo. Eso debió contribuir a trastornarla.

—¡Dios mío! —susurró él.

—Lo siento. Pensé que...

—Es curioso cómo a veces uno cree conocer a una persona y de repente, descubre que era solo una desconocida.

—Pero Lorna le amaba a usted. Me lo dijo. Era muy apasionada, mucho... Un corazón bondadoso... Tenía miedo de casarse, decía que traía la desgracia a los hombres. Yo le aconsejé que lo hiciera, que era joven todavía... Me hizo caso. Y ya ve... No ha sido a usted a quién ha traído la desgracia, sino a sí misma... ¡Y asesinada! ¡Dios

mío, Dios mío, qué cosas!

* * *

Entretanto la puerta de uno de los apartamentos del edificio donde vivía el escritor se abrió.

Por ella apareció el hombre de la malla negra tupida que se cubría el rostro totalmente con capuchón ajustado. Cerró cuidadosamente y comenzó a subir la escalera.

La figura había salido, ¡del segundo piso!

Ágilmente avanzó por la escalera hasta alcanzar el rellano del tercero.

Dentro de la casa se hallaba Carol, esperando el regreso de Paul. Eran las doce del mediodía.

* * *

El ayudante de Deladier pasó a su jefe un informe llegado de la central.

—Creo que esto le interesa, jefe.

El policía echó un ojeada.

—¡Hola! ¿Dónde le encontraron?

—En el mismo barrio, inspector. Parece que al asesino le gustan las afueras...

—Se llama Georges Martin, treinta y cinco años... Bien, bien... Creo que será necesario desplazar el mayor número de hombres hacia aquel sector... pero en forma disimulada.

—Tengo también la foto de la chica que me pidió.

—Démela,

El ayudante le entregó un retrato de tamaño nueve por doce.

El inspector la observó.

—¿Se ha comprobado todo?

—Sí, inspector.

—Pues manos a la obra.

Evidentemente andaba sobre la pista, pero le faltaba un detalle importante y lo comentó:

—Ahora solo queda por descifrar el misterio de la puerta cerrada por dentro...

CAPITULO XVIII

La figura de la malla esgrimió una llave y la introdujo en la cerradura de la puerta del piso tercero.

Giró lentamente.

El chasquido fue oído por Carol que se aproximó a la puerta.

—¿Eres tú, Paul?

Iba a recorrer el pasador, pero le extrañó no oír respuesta. Miró a través de la mirilla y vio el rostro enlutado.

Ahogó un grito y perdió una fracción de segundo en reaccionar.

El de la malla ya había abierto y empujaba.

Carol reaccionó y con todas sus fuerzas apretó para cerrar.

El de fuera empujó a su vez y se entabló un forcejeo.

Carol sentía disminuir sus fuerzas. Quizá el otro podía más y ganaba terreno, pero todavía no había abierto lo suficiente para colarse dentro.

Continuaron Carol por dentro y la figura por fuera intentando cerrar la primera y abrir la segunda.

Carol resbaló con el esfuerzo y dejó de presionar la puerta, que cedió al impulso del otro.

Iba a entrar, pero Carol saltó y cargó contra la mampara, aplastando ligeramente al intruso.

El golpe le dañó y soltó algunas palabras ininteligibles, pronunciadas muy quedamente.

Carol había vuelto a obtener ventaja, pero el enmallado no cedía.

De pronto, el ruido de la portezuela de un coche al cerrarse cambió las cosas.

Carol no había podido oírle, pero el otro sí, y dejó instantáneamente de forcejear para bajar precipitadamente la escalera.

Carol cerró con el pasador y se dirigió a la terraza, esperando

ver salir al enmascarado.

Lo que vio, sin embargo, fue a Paul que acababa de bajar de su coche. Se había alejado para hablar con el encargado de la urbanización.

Ella salió fuera y gritó:

—¡Paul! ¡Paul! ¡Date prisa, ven! ¡Han intentado entrar!

* * *

Paul estaba en la casa, y ella, jadeante todavía, le contó lo que acababa de suceder.

—¿Has visto salir a alguien? —inquirió.

—No.

—Es extraño. Yo tampoco.

—Tal vez no sea tan extraño, Carol.

—No te entiendo...

—Ni yo... pero hay algo que me gustaría comprobar. Tú puedes ayudarme.

—¿Has dado con Lorena?

—Sí.

—¿Y qué?

—Ella nada tiene que ver, pero me ha hecho una serie de revelaciones muy importantes... Lorna estuvo casada dos veces.

—¿Y tú no lo sabías?

—No. No lo sabía, pero esto ahora carece de importancia... Lorena me contó muchas cosas más, muchísimas...

Se sirvió un *whisky* con aspecto cansado y caminó hacia el dormitorio.

—Ven, ¿quieres? Y haz exactamente lo que yo te diga.

—Sí, Paul.

Carol se mostraba profundamente extrañada.

—Voy a entrar y cerrar la puerta. Tú métete en el baño. Calcula el tiempo. Deja transcurrir un minuto y sal, abre el armario y coge un abrigo cualquiera.

—¿Nada más que esto?

—Nada más.

—Está bien.

El entró en el cuarto, cerró la puerta sin correr el pestillo y tomó

un libro.

Alzó la voz para gritar:

—¿Me oyes?

—Sí, Paul.

—Bien. Entra ya. Empiezo a cronometrar.

—Sí, Paul.

Ojeó el libro y aguardó. A los sesenta segundos escuchó el leve sonido de la puerta corredera. Algo característico que se oye sin darle importancia.

Saltó de la cama, dejó el libro y salió. Delante del armario estaba Carol con el abrigo en la mano.

—¿Qué has descubierto?

—Algo que puede ser importante... Ahora escúchame... Entra tú en la habitación. Yo haré lo mismo que has hecho tú... Sólo que yo... desapareceré.

—¿Qué?

—No te asustes... Cuando te convenzas de que no estoy en casa, finge que vas a pedir auxilio a un vecino. ¡Ah! Primero corre el pestillo. Luego, cuando salgas, espera un poco en el rellano. ¿De acuerdo?

—Sí, pero no entiendo.

—Anda. Corre el pasador de la puerta de entrada y vuelve al dormitorio. Dame únicamente dos minutos.

Ella obedeció.

Instantes después en el dormitorio, cronometraba el tiempo. Paul había entrado en el baño.

Transcurridos los dos minutos, ella salió y no encontró a Paul, por lo que abrió la puerta del baño.

Paul tampoco estaba. Miró en el estudio, en la cocina, en la terraza exterior y, por fin, en el *living*. Salió a la terraza incluso. No había el menor rastro de Paul.

—¡Paul! —llamó ella.

Intuitivamente volvió hacia la habitación, luego, al pasar por delante del armario que estaba abierto miró hacia los trajes y abrigos que colgaban.

Se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, seguiré el juego... Pero si puedes oírme no me dejes sola mucho tiempo.

Descorrió el pasador de la puerta y salió al rellano tal como él le había indicado.

Entonces, del armario, ¡del armario! por entre los trajes, apareció Paúl, avanzó hacia la puerta y salió al rellano.

—¡Paul! ¿Dónde estabas?

Antes de que pudiera contestar se abrió la puerta del ascensor. Estaba en marcha, pero ninguno de los dos lo había advertido.

Apareció la figura de la malla. Esgrimía un revólver.

—¡Atrás! —dijo con voz apenas perceptible.

—¡Paul! —exclamó la joven.

El escritor la obligó suavemente a obedecer.

Entraron seguidos de la sombra, que tras ellos cerró la puerta.

Paul dijo entonces.

—Ya no sirve de nada. Puedes quitarte ese disfraz.

¡Lorna!

* * *

La figura se despojó del gorro-capuchón que cubría todo su rostro. Sí. Era Lorna.

Carol no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Pero... —empezó.

—Te costó mucho descubrirlo, Paul... Ya ves... Yo también podría escribir novelas como tú.

—¿Por qué, Lorna? ¿Por qué? Si es que puedes explicarlo...

—No estoy loca. ¿Sabes? Puede que esa entrometida te haya dicho algo... Ella es americana y allí se habló mucho de mí entonces... Y también Lorena... Has tenido que encontrarla... Ella te lo ha contado todo... Pero no estoy loca, soy una mujer que ha sufrido... ¡He sufrido mucho!

Tenía los ojos extraordinariamente abiertos y no parecía hablar ella misma, sino que lo hiciese como con «voz prestada».

Continuó:

—Nadie sabe lo que he sufrido... Vi a mí padre arruinado y morir de pena sin que ningún amigo le tendiera la mano... solo uno... el que lo es también de Lorena, pero los que podían le volvieron la espalda... Luego, mis maridos... muertos los dos a poco de casarme... Y algunos todavía se burlaban. No sé cuántas cosas

me oí llamar. A la gente le gusta lo morboso... Bien... Ahora me toca a mí. Quiero ver el dolor de los demás.

—¡Lorna! —exclamó Carol—. Pero Paul la quiere.

—¿Y qué me importa a mí que me quiera? —sus ojos llameaban.

—¿Es que no tiene sentimientos?

—Yo no quería hacerle nada... Sólo desaparecer antes de que descubriera la verdad... No quería matarle, pero sí que sufriera, porque es tan culpable como los demás.

—¿Culpable de qué? —inquirió Carol.

—Se casó conmigo sin quererme, lo sé... Nadie se ha casado conmigo por amor... y es lo que más necesitaba.

—Eso no es cierto.

—Yo llegué a quererte, Lorna —murmuró él.

—Ya no me importa... Eres como todos. Un egoísta. El mundo está lleno de egoístas... Ahora morirás... moriréis los dos... Y nadie podrá acusarme, porque oficialmente estoy muerta... Pero vosotros lo estaréis de verdad.

Puso el arma en posición de disparo.

—¡Ahora veo que está loca! —exclamó Carol.

—¡No digas esto! —estalló ella.

Iba a disparar, cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Deladier con su ayudante y dos gendarmes.

—¡No se mueva, Lorna! La casa está rodeada.

Se revolvió y disparó. El ayudante sintió la mordedura del plomo en el brazo, mientras los gendarmes se echaban al suelo para protegerse.

Deladier sacó el revólver y abrió fuego, desarmando certeramente a la mujer.

Al verse indefensa, Lorna corrió hacia la terraza y pretendió dejarse caer al piso inferior, pero sus pies, con la precipitación, dieron en la barandilla. Lanzó un grito que quedó cortado al chocar su cuerpo sobre el cemento del patio interior.

Murió en el acto.

EPILOGO

—Vamos por partes —dijo Deladier antes de dar el carpetazo al asunto—. Sospechábamos de ella porque a pesar de que usted la identificó, había algo que no concordaba... La cicatriz, por ejemplo, aun siendo igual, era reciente... En el laboratorio quedó establecido. Esto, de por sí, ya nos hizo dudar.

Paul guardó silencio para oír toda la versión de Deladier.

—Vayamos ahora a los hechos... Sabemos que ingresaba en el Banco cantidades periódicas de dinero a partir del momento de producirse la primera víctima. No ingresaba todo golpe, sino cantidades todas las semanas, sumas que, según comprobamos no justificaba con envíos procedentes de su país origen ni por trabajos realizados en París y que, en cualquier caso sobrepasaban sus posibilidades, señor Lefébre... Por fin decidió desaparecer con esa estela de misterio y fantasía, propias de su mente muy despierta, pero, desgraciadamente, enferma... Lo había preparado todo... Se las apañaba para trabar amistad con amigas que a su vez lo eran de esa profesora de ballet. Les proponía negocios fabulosos y dada la amistad que ella tenía con Lorena no vacilaban en creerla. Así conseguía uno de sus objetivos, ganar dinero en memoria de su padre, que lo perdió arruinándose. Luego matando a sus víctimas por el afán de hacerlas sufrir tanto a ellas como a sus familias, para completar la segunda vertiente de su enfermedad, un odio mortal hacia todo ser viviente.

Tras una pausa prosiguió:

—Volvamos a esa noche... Ella tenía ya su víctima a punto... Fingió que su coche estaba estropeado cuando, en realidad, lo escondió bastante cerca de aquí para tenerlo a mano. Así, cuando salió de la casa, tras haberse escondido y aprovechando el momento en que usted salió para buscarla en el patio, es de suponer que corrió hacia el automóvil para ir al encuentro de su víctima... La

asesinó, dejó en ella sus efectos y se escondió... Luego dejó el coche en el lugar donde había indicado al taller y le quitó una bujía. En el taller les extrañó bastante el tipo de avería, porque se les antojó provocada.

Después de otra pausa, prosiguió:

—En las posteriores investigaciones hemos sabido que se ocultaba en el piso de Lecautet, del que había conseguido hacerse con una llave falsa. Aprovechaba las ausencias del *manager* para quedarse allí. Desde ¡la terraza podía advertir si llegaba de improviso. ¡Ah! Y hasta se las había ingeniado adquiriendo uno de esos artefactos inventados por los americanos... Una especie de estetoscopio que parece de juguete, pero permite escuchar las conversaciones a través de una pared o de un techo... Lo encontramos en el piso de Lecautet.

—¿Y el pintor?

—Fue una casualidad que el destino les reuniera al cabo del tiempo, pero Duman o Connolly, como prefiera llamarle, fue sincero, dijo que en principio habían acordado no hablar del pasado, como si no existiera, y ambos lo cumplieron.

—¿Y cuándo yo le encontré? Me dio como excusa que había olido a gas.

—Y era verdad. Hubo un pequeño escape procedente de las obras de los alrededores. Pero aún no he terminado.

Carraspeó y añadió:

—El enmascarado que vio en su domicilio no era su esposa. Se trataba, en efecto, de un bailarín fracasado. Ella le había conocido en casa de Lorena. Consiguió que entrara en su casa utilizando una llave que ella había guardado como repuesto... Una vez se hubo servido de él le mató... Es decir, creyó haberle matado, pero el hombre, llamado George Martin, vivió lo suficiente para hablar. Hace escasos minutos lo he confirmado... Igualmente se sirvió de otro par intentar acabar con Carol Buchanan, al que eliminó una vez dejó de necesitarle. Fue el que utilizó el taxi robado.

En cuanto al gamberro —prosiguió—, temió que pudiera saber demasiado... Es lógico pensarlo así.

—Pero yo... —interrumpió Carol, presente también.

—Usted se había metido de por medio. Ella vigilaba la casa, a su marido, a todos... y en cierto modo, se convertía en una rival...

Posiblemente imaginó a Lefébre en sus brazos tratando de olvidar su viudedad y todo en conjunto le estimulo a quitarla de en medio.

Y por último —concluyó—, hemos sabido quién es la muchacha que asesinó... Su desaparición coincide con la fecha en que dimos por muerta a su esposa, señor Lefébre... Por tratarse de una muchacha sola que vivía en una pensión, no se produjeron llamadas de familiares. Simplemente recibimos la denuncia. Una de tantas, eso era todo.

El porqué de los hechos, el porqué Lorna había obrado así habría que buscarlo en su mente enferma...

—¿Y el magnetófono? —inquirió el escritor, ya dispuesto a abandonar la comisaría.

—¡Vaya usted a saber! Pero es probable que lo conectara ella misma... Puede que para dejarle un recuerdo o para embarullar más las cosas, haciéndole devanar los sesos... De una mente esquizofrénica puede esperarse lo más extraño, sin tratar de encontrarle una explicación... La principal, su ansia de acumular dinero y al mismo tiempo matar por odio a la humanidad, según los informes médicos, parece que queda bien definido.

Poco después, Paul acompañaba a Carol al aeropuerto de Orly.

—Deberías tomarte unas vacaciones... El clima de Italia es mejor que este.

—No sé... Tal vez más adelante, Carol.

Se despidieron.

En los ojos de la muchacha se dibujaba la esperanza de un próximo reencuentro.

Quizá para el escritor, el mejor modo de olvidar aquella pesadilla, que aún se le antojaba increíble, sería pensar en otra mujer... una mujer sencilla, sin complejos, una mujer como Carol.

Sí, quizá... Algo más adelante...

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España